

ESTUDIOS LITERARIOS.

INTRODUCCION.

Necesario y útil es, en el siglo á que pertenecemos, divulgar cuanto sea posible los progresos intelectuales de un pueblo que, tras largos años de continua ansiedad y de incesantes sacrificios, logra entrar por fin en la carrera de su regeneracion política; porque los progresos de nuestra inteligencia constituyen la verdadera historia filosófica de nuestras revoluciones; porque es el único patrimonio moral que podemos legar á las generaciones futuras, para que estudiándonos aprendan á imitar nuestros aciertos ó á precaverse de nuestros errores. Bajo ese punto de vista nadie pondrá en duda la utilidad de publicaciones como la presente, si á su formacion preside la sensatez y la critica indispensable para elegir y ordenar como el buen gusto, y la conveniencia lo exigen, los varios frutos del saber y del ingenio que deben decorar sus páginas. En ellas, como en un cuadro de numerosos y variados objetos, se abarca de una sola ojeada por decirlo así, todo un siglo; ó cuando menos una época notable, en donde tal vez va compendiada la historia entera de la literatura de un pueblo, con todas las vicisitudes que durante varios siglos ha experimentado. Porque, á la verdad, las transiciones del gusto de las escuelas y de los sistemas, nunca llevan consigo tal fuerza de predominio absoluto, que logren borrar de una vez y para siempre, las huellas que otro gusto, otras escuelas y otros sistemas anteriores, dejaron estampadas en su carrera.

Asunto es por cierto muy vasto, y mas propio de una historia literaria que de las reducidas dimensiones de un periódico, el manifestar cómo y por qué medios ha comenzado á renacer en nuestra época la literatura española, adornada de galas y atavios no usados en los siglos precedentes. Empero es forzoso, y no pocas veces conveniente y útil, dejar consignada la opinion que en la actual época podemos formar de la literatura; y manifestar, si bien con brevedad, las causas eficaces de esos cambios inesperados, pues que solo dándolas á conocer se facilitan las investigaciones de la critica, y se escusan los falsos juicios así como los contrapuestos pareceres de los sabios.

Nadie ignora que al renacer las letras en Europa, no fué España la última en aspirar á la gloriosa conquista del saber, tributando á los padres y maestros de la civilizacion europea el homenaje que jamás la humanidad podrá negarles con justicia. La literatura greco-romana, divulgada por el continente á favor del cristianismo, comenzó á dar á sus renacientes sociedades aquella energia y expresion intelectual que llegó á desaparecer entre los escombros del gigantesco imperio de los Césares: con sus doctrinas las comunicó igualmente un pensamiento único, pero fecundo en sublimes ideas de moral y sociabilidad; pensamiento en el cual se hallaban concretados á la vez los mas elevados de las cultas edades pasadas, y todos los que necesariamente habian de servir de sólido fundamento á las sociedades venideras. Mas no era ya ni podia ser esa literatura restaurada, la misma que en siglos anteriores enardecia el espíritu be-

Enero 25 de 1843.

lico y de libertad en el foro romano, ó deleitaba dulcemente la corte de los Augustos. Variando de caracter y de objeto, aunque sin cambiar de formas y de lenguaje, se plegaba por necesidad á los hábitos, costumbres y diverso modo de ser de otra sociedad, que contaba por cimiento de su civilizacion renovada, otra religion, otro culto, otra tendencia, distintas de las que imperaban en el ánimo de los antiguos dominadores de la tierra. Mientras tanto, cada nacion habia comenzado á formar su idioma propio; cada cual procuraba aplicar al suyo toda la riqueza de la lengua que le sirvió de madre; y todas por fin, aspiraron á que su genuino idioma fuese la expresion viva de la era en que se formara, y de la sociedad que le habia adoptado. La imágen del caos se representaba en aquella multitud de pueblos que partiendo de un centro comun, reluchaban entre sí para constituirse como independientes y rivalizar algun día en esplendor y gloria, llevando consigo por única herencia la memoria, el idioma y algunas leyes del gran pueblo á quien todos pagaron tributo.

Bosquejados los nuevos idiomas de occidente, comenzaron estos á probar sus infantiles fuerzas en la poesia, órgano inmediato de la expresion sensualista de todos los pueblos de la tierra; porque solo á la lengua de Lacio estaba reservado el serlo de los pensamientos sociales y religiosos sobre que á la sazón se fundaba la organizacion política y civil de los nuevos estados europeos. Empero aquellos crecian, y con su vigor anunciaban una revolucion forzosa en las ideas, y por consiguiente tambien en las letras, intérpretes de las primeras. Apareció el siglo XIII para consumarla, llevando en su seno el genio colosal del Dante, que por sí solo bastó para hacer olvidar á cuantos le habian precedido, abriendo nueva senda al ingenio y un campo inmenso á la imaginacion. Desde que apareció ese fenómeno de la literatura europea, fecha la verdadera época del renacimiento de las letras: porque únicamente desde entonces comienza la dilatada serie de los ingenios privilegiados, y el predominio que por largo tiempo conservó en Europa y con particularidad en el mediodia, la literatura italo-latina: desde entonces se ven los esfuerzos que por todas partes, y especialmente en España, se hacian por aspirar al título de restauradores de las letras: mas sea lícito confesar ingenuamente que ningun estado europeo tiene modelo alguno, de igual época, capaz de sufrir paralelo al lado de aquel monstruo de inconcebible fantasia. Siguió á este en celebridad, aunque por un sendero muy diverso, el dulce y sensible Petrarca; y tanto sus obras como las de Checo Dascoli y otros sucesores suyos, dieron á la literatura itálica cierta elevacion y grandeza que hubieron de respetar y admirar las naciones del continente.

No pretendemos narrar la historia de la literatura europea; indagar lo que unos y otros pueblos se prestaron y devolvieron en el mútuo comercio de ideas y pensamientos que á la sazón agitaban los ánimos; ni tampoco despertaremos antiguas querellas y rivalidades de dos naciones que entre las demas, y en siglos tan atrasados, tenian justos títulos para disputarse la gloria de haber contribuido, con sus luces y esfuerzos, á sacar de las tinieblas de la ignorancia aquellos mismos pueblos en que habia brillado la antigua sabiduria de la republica y

del imperio: basta saber que Italia y España, marchaban á la cabeza de la civilización.

La segunda, objeto principal de nuestras reflexiones, si bien inferior á la primera en la poesía sublime, no lo fué en el vulgar y menos en los demas ramos de las letras humanas. Pero desgraciadamente las discusiones jurídicas y teológicas, así como en tiempos posteriores, absorbían en aquel la atención de los humanistas, con grave perjuicio de las ciencias, enteramente abandonadas á sí mismas, y reducidas al charlatanismo empirico de los que se decían sabios en ellas. Ninguna prueba mas relevante puede darse de este aserto que el célebre libro intitulado *El Tesoro*, ó libro del Candado, escrito por el rey don Alonso X, en que trata de la piedra filosofal, ó sea del modo de hacer oro químicamente. (1) Las ciencias, pues, permanecían entonces ocultas en su mayor parte, bajo el velo misterioso de la naturaleza, á pesar de los esfuerzos de los árabes por descorrerle y descubrir sus arcanos: empresa gloriosa, reservada á otros hombres y otros siglos.

Empero las letras probaban muy diversa fortuna. Los auxilios que recibían de las obras sabias de la antigüedad, y la influencia que llegaron á tener en la nueva civilización el atrevimiento, la fuerza de espresión y la gala oriental de los libros árabes, debia necesariamente producir resultados ventajosos á la literatura, aun cuando la arábica y latina, discordes en los medios y en su objeto, no pudiesen por ese motivo formar desde luego un sistema, y que la rusticidad del naciente idioma de Castilla y la creencia religiosa de los que le hablaban, fuesen un obstáculo para el progreso de las buenas letras.

Oponíase, por otra parte, á la completa madurez de aquellas en España, la falta de unidad política; porque dividido el territorio en diversos estados independientes, con leyes, usos y costumbres variadas y discordes, germen perpetuo de rencillas, desavenencias, y guerras parciales, era muy difícil sino imposible, hallar en las letras la unidad y concierto que faltaba en el orden político. No existía, pues, una escuela, en donde germinasen y diesen fruto las buenas doctrinas, adoptando un tipo común de lo bueno por esencia acomodado á la nueva índole de aquella sociedad susceptible á la sazón de recibir, respecto del gusto, las formas que se juzgasen mas aventajadas. Reservado estaba al siglo XVI ofrecer á los siguientes aquel tipo, aquella escuela, que si bien no podia tener pretensiones á la perfección, poseyó sin embargo una prenda de gran valor en las obras de ingenio; esto es, la originalidad en mucha parte de ellas.

Ese gran paso, consecuencia necesaria del principio político de la unidad, verificado por el enlace de Fernando é Isabel, que redujo á un solo cetro la obediencia de los antiguos estados peninsulares, no podia realizarse sin producir una revolución en el orden de ideas y en el gusto, por decirlo así postizo, que habia heredado aquella sociedad de la literatura dominante de los latinos. La poesía dramática, con especialidad, mas influyente en el gusto que ningún otro ramo de las letras humanas, dió en cierto modo la voz de alarma por boca de Lope de Vega, y el movimiento no pudo menos de hacerse general é inevitable. Yacía el teatro en su infancia, únicamente alimentado con débiles versiones de Terencio y Plauto, y con imperfectas imitaciones de los trágicos griegos y latinos. No escasas de ingenio cómico varias composiciones de Lope de Rueda, Naharro, Castillejo y otros muchos, constituían sin embargo un género exótico por el pensamiento, por las costumbres, por el modo de ver y de sentir de la nueva sociedad, tan distante y tan diversa de la representada en aquellos ensayos dramáticos, cal-

cados sobre las costumbres domésticas de los romanos. Esas costumbres, venían á ser otros tantos enigmas que siempre rehusan descifrar los que buscan en el teatro un agradable solaz, y no una nueva fatiga para el entendimiento. En suma, aquellas producciones de formas invariables, en donde el esfuerzo de la razón tiene mas parte que el ingenio, de ningún modo podían satisfacer las necesidades y exigencias de una sociedad nueva, con todo el vigor y lozanía que le comunicáran su propia grandeza y sus conquistas, llena por otra parte de aquel fervor de la fantasía que en ella habia escitado el gusto oriental de los poetas árabes. Lope de Vega fué, pues, el gefe de esa revolución, que sin él se hubiera retardado por algun tiempo, pero que al fin se habia hecho inevitable. Cuantos criticos han querido fundar una acusación casi jurídica, contra aquel célebre ingenio, por haber encerrado bajo llave á Terencio y Plauto, á riesgo de pasar por bárbaro como él dice, entre franceses é italianos, humildes y pobres imitadores á la sazón de los modelos clásicos de la antigüedad en ese género, no han reflexionado detenidamente sobre su arte nuevo de hacer comedias. Allí está su defensa, y allí se descubren con harta claridad los motivos que le impulsaron á promover tan ruidosa revolución, apoyado en las exigencias mismas de la sociedad á que pertenecía: un comentario de ese arte célebre, presentaría toda la historia literaria de aquella época.

Mientras continuó sin interrupción ese movimiento dado por Lope á la poesía dramática; mientras que el gusto se mantuvo inalterable y como identificado con la nueva escuela creada por aquel célebre ingenio y perfeccionada por Calderon, Moreto, Tirso y otros muchos; el teatro español nada debió á los extraños: era original, nacional y popular; por esas prendas ha ocupado siempre un lugar muy preferente en la historia de nuestra literatura. Mas la Europa en general, por todas partes se vé sujeta á las mismas vicisitudes que los sistemas políticos de las naciones, observando tambien su periodo gradual de prosperidad y decadencia; pero siempre el llegar á la primera, es indicio inequívoco de hallarse próxima á la segunda, y vice-versa.

Así sucedió en España. Al advenimiento de Carlos I al trono castellano, la grandeza colosal de su vasta dominación era una escesiva balumba y grande peso para hombros tan flacos como los de sus sucesores. Amenazaba próxima ruina ese soberbio edificio; y tanto mas se aceleraba aquella, cuanto menos eficaces eran los medios previsores que para evitarlo discurrían los encargados de su conservación. Los errores políticos, los vicios de la corte, y el olvido de la pasada gloria, todo anunciaba al comenzar el siglo XVII la rígida decadencia del estado, así como la de las letras; y todos los pensamientos llegaron á cumplirse, dejando á otras naciones el estímulo y afán de aspirar á una gloria que tuvimos y no acertamos á conservar. Perdimos el Portugal, los Países Bajos, los estados de Italia, y con ellos la literatura, para hacernos tributarios de estrangeros en lo político, en lo moral y lo literario: destino irrevocable de los estados poderosos, cuando los que rigen sus destinos carecen de la destreza necesaria para conocer y seguir la senda indicada por las circunstancias y la experiencia. Colocada la literatura en el mismo derrumbadero por donde la nación se precipitaba á un abismo sin fondo, siguió la misma suerte desastrosa, dejándonos tan solo un recuerdo de su pasado esplendor, y la huella indeleble de su verdugo el culteranismo; el cual bajo diversas formas, ha presidido casi siempre á nuestra decaída literatura.

Al propio tiempo que su decadencia total se consumaba, nacía una nueva era en la vecina Francia, merced á un príncipe que en medio de su ilimitado despotismo y de sus errores políticos acertó á conservar la máxima prudente de fomentar las letras y proteger abiertamente

(1) En mis lecciones de literatura, dadas en el Atenéo, creo haber alegado suficientes razones para dudar que este libro sea de don Alonso el Sábio.

a los que las cultivaban con fruto. La literatura francesa, durante una época que por excelencia es llamada el siglo de Luis XIV, hubo de acudir á las ruinas de la antigüedad para conocer la esencia de lo bueno, aprovechar sus escombros y reconstruir un sistema literario, que si bien no tenía colocadas todas sus partes con la misma proporción y simetría de la antigua escuela, rechazada ya por las modernas sociedades, era sin embargo grande y bello, aunque no original. Ni era fácil sucediese otra cosa; porque estragado y corrompido el gusto moderno, se había hecho impotente para crear, y rebelde al propio tiempo á los consejos de la razón y aun á las naturales indicaciones del buen sentido. Solamente la fuerza de la autoridad podía vencer aquella resistencia, y ninguna autoridad mas poderosa por cierto, que la que ha conservado el respeto y veneración de todas las edades. La literatura greco-latina, aunque vestida con los atavíos de las sociedades modernas, y los preceptos de Horacio proclamados como irrevocables, fueron el cimiento de la que en los siglos XVII y XVIII florecía al otro lado de los Pirineos.

Mientras allí levantaba su frente con harta gloria y gallardía la nueva literatura francesa, completaba la nuestra su rápida decadencia; espirando con ella el siglo XVII, la nacionalidad española, y la dinastía austriaca en su postrero é imbécil vástago Carlos II. Un nieto de aquel mismo Luis XIV, protector decidido de las letras, de aquel que con tanta solemnidad pronunció entonces estas célebres palabras, *ya no hay Pirineos*, vino á ocupar el trono de los reyes católicos. Llenos todos de esperanzas en presencia de un joven que con tanta constancia y valentía defendió sus derechos á la corona de España, educado además en la corte voluptuosa pero ilustrada de Luis XIV, aguardaban la aparición de una nueva era de prosperidad para el estado y para las letras: esperanza lisonjera desvanecida con igual rapidez que el humo por la violencia del huracán.

Trasladados á España en pequeño, todos los vicios de que adolecía en grande la corte y la nación francesa, fuimos desde entonces simples ecos de las inspiraciones de aquella nación afortunada; y era por lo mismo inevitable admitiésemos de ella los usos, las costumbres, el gusto, y por consiguiente la literatura que había adoptado. Si este tránsito fué nocivo ó ventajoso á nuestra patria, no es cuestión que pueda ser resuelta en este lugar. Pero había necesidad de un cambio en el orden de ideas y en el gusto, depravados hasta lo sumo por el escolasticismo y los conceptistas: era forzoso, sino habíamos de carecer de literatura, de ese siglo de civilización y cultura de los pueblos, ó crear una, ó adoptar otra conocida; desgraciadamente se tomó este último partido, porque la influencia francesa borraba de nosotros todo pensamiento de originalidad y de independencia. Admitimos, pues, la suya; fuimos en todo ciegos imitadores de sus aciertos y de sus desvarios, así en lo político como en lo literario; y prohibiendo los mismos principios, las consecuencias, sin embargo, han sido muy diversas para nosotros: los descendientes de Luis XIV, forman una nación rica y poderosa, la nuestra.... está muy lejos de igualarla, y no lo conseguirá por la imitación.

Antes de pasar adelante en estas brevísimas indicaciones de la marcha gradual de la literatura, será conveniente indicar la innovación que experimentó al renacer en Francia. La tenaz y prolongada lucha entre las doctrinas de la Sede romana y los reformadores del dogma y de los principios que en aquella han regido siempre, no era puramente una cuestión de máximas religiosas: su verdadera tendencia se dirigía al orden político, bajo la apariencia del espiritualismo de la religión, puesto que se combatía de frente la omnimoda potestad temporal que se abrogaron los Pontífices con toda la astucia y sagacidad diplomáticas de que fué susceptible el talento privilegia-

do de Gregorio VII. Lutero, el mas formidable de los sectarios antagonistas del solio romano, suscitó á la sombra de cuestiones teológicas no pocas cuestiones políticas, con las cuales combatía á un mismo tiempo el absolutismo de la corte romana, y el de todas las monarquías: dió una voz de alarma que tarde ó temprano había de resonar en todos los ángulos del mundo civilizado. Y como el despotismo de los príncipes buscaba su apoyo en los principios y creencias vulgares de religión, al combatir esas creencias y esos principios, al argüir y al analizarlos menudamente, no pudo menos de resentirse la fé cristiana y entibiarse el celo religioso de los pueblos. Desde entonces el escepticismo comenzó á insinuarse en todas las producciones del ingenio inclusa la época de Luis XIV; desde entonces la política tuvo también ingreso en ellas; y desde ese momento se fueron preparando las terribles revoluciones que han dado nuevas formas á las sociedades, sin alterar por ello su naturaleza especial. La primera estalló en Inglaterra en 1688, y tomando de ella nuevo color de literatura británica, preparó á su vez la que á fines del siglo siguiente había de estallar en la vecina Francia. En este país la poesía del siglo XVII había presentado constantemente el espíritu razonador, galante y ceremonioso de la corte que la dispensaba su protección: mas en el siguiente participó también el carácter esencial de los prosistas en quienes dominaba el espíritu de escepticismo y controversia, aunque para ello hubiesen abandonado las formas dialécticas de la antigua escuela escolástica. Rousseau, Voltaire, Diderot, Fontenelle, Helvétius y otros varios, combatiendo de frente cuanto había respetado hasta entonces la fé de los pueblos, introdujeron la duda en todas las cosas, persuadiéndonos de que el mundo es un confuso montón de quimeras, sin otra realidad que la suministrada por la fantasía humana y la creencia tradicional. Su pluma es cierto, redujo á la nada multitud de errores que habían oprimido la humanidad con cetro de hierro, pero al mismo tiempo dieron origen á otros nuevos, rasgando el mágico velo de la esperanza, único amparo contra la desesperación engendrada por el infortunio. Todas las virtudes, todas las acciones heroicas, todas cuantas prendas relevantes elevan la humanidad hasta el trono de su Hacedor, todo hubo de reconocer por causa eficiente, en la nueva escuela filosófica, un principio de interés individual, de amor propio, de ambición, de orgullo, que dejaba destruida la sublimidad noble y generosa de que el hombre es capaz al lado de sus semejantes.

Cundió esa doctrina como única y exclusiva de la literatura en el siglo XVIII hasta señalarse esencialmente por un espíritu de complicada metafísica, de que no pudo eximirse la poesía. En vano la imaginación sacudiendo á veces el yugo tiránico de una razón escesivamente analítica, pugnaba por elevarse á aquella región sublime en donde un idealismo consolador dulcificaba en los mortales las amarguras de la vida; su vuelo era violento y fatigoso, como si arrastrase consigo un peso que la impidiera levantar mas arriba sus alas; y llevábale en efecto, porque iba atada con lazo indestructible al férreo yugo de aquella razón árida, destructora de cuantas ilusiones agradables conmueven el corazón y enardecen y arrebatan la fantasía. ¿Qué son los salmos de Rousseau sino yerta expresión de sentimientos que no hallaban cabida en el alma del poeta: imágenes inanimadas llenas de joyas y preases, que el arte ha suministrado sin lograr infundirlas el soplo de vida que les falta? Sin fé en las cosas, sin creencia para la verdad, sin entusiasmo por la virtud, nada se puede escribir que no sea vacío en el fondo, artificioso en lo exterior, falso en su objeto, estéril para la sociedad: y esos efectos, forzosas consecuencias de falsas teorías, habrán de conducirnos necesariamente á levantar el egoísmo sobre las aras de la divinidad y de

la patria; porque nada, como la pasión de sí propio, tiene tanto poder sobre el corazón humano.

Bajo esos funestos auspicios caminaba la sociedad francesa hacia la terrible revolución que de largo tiempo la amenazaba. Justa en su objeto político, noble y grande por los principios generosos que proclamaba, su gloria hubiera igualado a la grandeza de su pensamiento, si en la ejecución no se hubiesen desenvuelto todos los crímenes engendrados por doctrinas destructoras de los cimientos en que necesariamente han de estribar las sociedades, si no quieren desaparecer del cuadro de la civilización. Mas las reacciones suceden a los desórdenes; y aquel pueblo que se juzgó libre cuando era mas esclavo, cambió sin embargo su libertad por el yugo de un célebre guerrero: notable contrasentido de las teorías abstractas en su aplicación a la práctica!

Durante ese período en que las doctrinas reformadoras por una parte, la fortuna por otra, y el género organizador de un hombre verdaderamente grande, comunicaron a la nación francesa ese movimiento de vida y prosperidad que pocas han alcanzado, su literatura parecía haber enmudecido, y como que buscaba en el reposo un medio de recobrar sus fuerzas, no poco gastadas en preparar la revolución que ya entonces estaba contemplando. Empero ese reposo no era estéril: la observación, el cansancio de la antigua escuela, la propensión versátil del gusto, prometían una nueva era literaria, contrapuesta a la anterior en cuanto a la expresión y las formas, ya que no en las ideas; porque estas permanecían regidas por el espíritu escéptico de que no podían desprenderse.

La fértil imaginación de un isleño de Escocia (1) la riqueza y abundante vena de un ingenio de la América septentrional (2) despertaron un nuevo gusto por esa clase de historias fantásticas que llamamos novelas; y las antiguas composiciones dramáticas de un ingenio británico (3) fecundo a la par que terrible, dieron inocentemente la primer idea de una poesía dramática, en que las violentas emociones causadas por el horror de actos atroces y semi-bárbaros que degradan la especie humana, comenzaron a reemplazar los antiguos cuadros en que el crimen luchando con la conciencia y los remordimientos, ofrecía un fondo de moralidad sublime, donde no se presentaba el hombre como simple máquina movida por la combinación artística de sus órganos. Tal ha llegado a ser en Francia el tipo común del teatro y de la novela, bajo el efímero imperio de la impropriamente llamada escuela romántica. Ese poderoso sacudimiento de la literatura en perfecta correspondencia con los sacudimientos políticos que desde fines del siglo pasado estamos presenciando, es la reacción natural y consecuente de la estrechez y rigorismo pueril de los preceptistas llamados clásicos, así como las revueltas políticas son obra exclusiva del despotismo de los gobiernos elevado a sistemas.

Nuestra España, sin literatura propia, desde mediados del siglo XVII, adoleciendo de muy antiguo de las enfermedades políticas que consumen la vida de las naciones, con mas justa razón que otra alguna procuró acudir al remedio de sus males, si bien imitando el sistema observado en otras partes para conseguirlo. En ese movimiento de reacción debieron engendrarse nuevas ideas, nuevos pensamientos, nueva literatura; pero como no éramos mas que sencillos imitadores de lo principal, no podíamos menos de serlo tambien de lo accesorio; y por consiguiente tomamos de nuestros vecinos la literatura que les plugo formar, consiguiendo engrosar la falange de los afiliados en la nueva escuela.

Hoy somos todavia imitadores: empero seanos lícito

declarar al propio tiempo, que nuestros actuales escritores no obedecen tan ciegamente como hasta aquí la ley dictada desde la falda opuesta del Pirineo. Existe en el fondo de nuestra juventud cierto espíritu de noble y generoso orgullo que se resiste a prestar fácil homenaje a los preceptos literarios y a los sistemas de otro pueblo extraño. La poesía dramática con especialidad, manifiesta una tendencia mas determinada a formar una escuela propia, desde que felizmente ha comenzado a cerrar sus puertas a las inspiraciones sensuales de Dumas, y abiertolas al espiritualismo, en cuyo seno existe la sublimidad de la poesía.

Terminaremos estas ligerísimas indicaciones, delineando el carácter moral de la literatura del mediodía de Europa, tal como se descubre actualmente en las diferentes obras de ingenio; salvadas las escepciones de la que van preparando una reforma necesaria é indispensable, no tanto en las formas como en el fondo moral de esa misma literatura.

Las doctrinas proclamadas en el siglo XVIII por célebres escritores, y robustecidas por el fervor de las revueltas políticas, apenas han perdido nada de su primera tendencia a rebajar el espíritu de caridad con que los hombres deben contemplar las debilidades y miserias a que ellos mismos se ven sujetos como parte de esa frágil humanidad supeditada constantemente por los vicios. En la mayor parte de los escritores de nuestros días, predomina cierta iracunda melancolía contra los hombres, como queriéndolos hacer responsables de la infelicidad que nosotros mismos labramos con la avaricia insaciable de nuestros apetitos. La mas enconada ironía envenena con su amargura todo cuanto nos rodea, porque no consiguiendo embotar los deseos naturales, quisiéramos crear otro mundo positivo de placeres nuevos en donde satisfacer la ardiente sensualidad material que nos devora. Observemos a los poetas líricos, y los veremos sustraerse al mundo espiritual en sus composiciones, establecer como principio el egoísmo contrayéndolo todo a ese yo funesto, destructor de las sociedades, y llamar a su tribunal la naturaleza entera para maldecirla, porque no ha sabido colmar sus inmoderados deseos; y los veremos en fin constituidos como soberanos de todo lo existente, lanzar iracundos anatemas sobre la sociedad corrompida, no con el fervor de la unión evangélica, sino con la ira frenética de la mas irracional misantropía; olvidándose de que ellos mismos están igualmente corrompidos y han cooperado a acelerar la corrupción social de que tan sin piedad se lamentan. El fastidio de la sociedad; el mirar con tedio todo cuanto nos rodea; la desesperación producida por la impotencia de crear otro mundo capaz de reemplazar con nuevos atractivos al que ya hemos disfrutado; el considerar la vida privada de placeres como un peso insoportable del que es preciso librarnos por cualquier medio; el ver en la desgracia, no la obra de nuestras manos, sino la injusticia de la providencia; hé aquí el pensamiento dominante de la poesía lírica; hé aquí su moralidad. Por fortuna no siempre ese pensamiento es hijo del corazón; no siempre el alma del poeta ha apurado gota a gota la copa del infortunio para que pueda entender y hablar su verdadero lenguaje; no siempre consigue remedarle de tal manera, que no se descubra el artificio de la expresión y la pueril imitación de escuela; y no siempre logra por lo tanto producir el efecto anti-social rechazado por la sociedad misma, la cual nunca por conciencia propia conspira contra su existencia. Lejos de eso, lo odioso de semejante sistema, tarde ó temprano descubre la imperiosa necesidad de sustituirle por otro mas dulce, mas sublime, de origen mas elevado y puro, en donde embriagada la mente con la esperanza de un porvenir consolador, pueda soportar con magnánima conformidad las adversidades anejas a la vida humana.

(1) Walter Scott.

(2) Fenimore Cooper.

(3) Shakespeare.

En cambio de esta filosofía escéptica, vaga y mortífera, esa especie de delirio de una razón estragada que constituye por espíritu de imitación el fondo de nuestra actual literatura, ¡cuántas bellezas de todas clases tenemos que admirar! ¡cuántos vuelos eminentemente poéticos de prodigioso efecto! ¡qué vehemencia! ¡qué fuego en la expresión! ¡qué rasgos á veces tan atrevidos y magníficos! ¡cuánta armonía en la dicción! ¡lástima es por cierto, que el prurito de filosofar, el afán de matizar las composiciones con sentencias pomposas, en que tan pequeña parte toma el sentimiento, y la excesiva extensión de aquellas que por naturaleza debían ser breves, concisas y enérgicas la haga aparecer con el verdadero carácter de leyendas morales. Semejante defecto hace cansada y enojosa su lectura; porque la poesía deja de serlo cuando en vez de recrear, logra, por el contrario, fatigar el ánimo y adormecer los sentidos.

Injustos seríamos, en verdad, si semejante censura la

hiciésemos extensiva á todas las producciones de nuestros autores contemporáneos. Muchos hay que no participan de los defectos que en rigor no pertenecen á los hombres sino á la época: muchos para quienes todos los siglos son el suyo porque en todos estudian y de todos saben tomar lo que esencialmente es bueno. En fin, el público vá á juzgar por sí mismo los escritos que tendrán cabida en este Museo; su lectura le dará á conocer la certeza ó inexactitud del breve juicio que acabamos de formar del estado de nuestra literatura; y no dudamos que al convenir en el fondo con nuestras observaciones, admirará igualmente con nosotros el impulso que aquella ha recibido, la altura en que se han colocado los ingenios españoles, y por último presentará fácilmente lo que debemos esperar de su fecundidad, y el risueño porvenir reservado á nuestra literatura nacional.

JOSÉ DE LA REVILLA.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Puerta de san Andrés en Segovia.

EVASION DE RIPPERDA

DE EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

España ha sido en todas épocas el paraíso de los aventureros. No hay país que goce en Europa de mas general fama de exclusivismo nacional, y sin embargo no hay estado alguno que presente en su historia tantos y tan brillantes ejemplos de elevación en estrangeros personajes. Parece que la fuente de la riqueza y de los honores no brotaba aquí sino al contacto de la mágica vara de extraños profetas, y que la cualidad de advenedizo era título bastante para entrar sin obstáculo en el templo de la fortuna. Pero si en todos tiempos ha tenido lugar esta verdad, nunca se ha presentado mas clara y constante que en el largo reinado de Felipe V. El prolongado sueño y especial aislamiento de la nación es-

pañola durante el último periodo de la dinastía austriaca, el eclipse de un estado que habia dominado el mundo, y la extensión de una monarquía que aun conservaba ricos y dilatados dominios en ambos hemisferios, la rápida é inconcebible riqueza de contratistas italianos y de especuladores flamencos que habian manejado las rentas de la corona bajo la débil administración de Carlos II y la absoluta ignorancia que en materias de industria y de comercio reinaba en el país, escitaban profundamente la curiosidad de los estrangeros y convidaban á la codicia y á la audacia á un campo fecundo y virgen para la explotación. Así cuando el advenimiento al trono de un príncipe francés abrió los Pirineos y durante las tormentas de la guerra de sucesión, se inundo de soldados estrangeros la Península, vinieron á establecerse en España hombres hábiles é industriuosos que traían el caudal de su actividad y de sus adelantos, á la tierra en que se proponían labrar el edificio de su fortuna. Pero si bien la nación, acertada

unas veces y preocupada otras, no admitía fácil ni gustosamente á los que á fuer de mas entendidos arrancaban su riqueza, el gobierno favorecía abiertamente sus conatos y protegía sus pretensiones. Felipe V estaba rodeado de extranjeros: extranjeros fueron casi siempre sus ministros y favoritos. Al ascendiente de la princesa de los Ursinos sucedió el predominio de Alberoni: y por extraño é impopular que parezca, el influjo y actividad de extranjeros gobernantes, fué á pesar de funestos errores y de empresas interesadas, mas bien útil que perjudicial á la prosperidad de la nacion.

Uno de los ministros mas notables por su improvisada elevacion, su ilimitada influencia y su rápida caída fué ciertamente el duque de Ripperdá. Holandés de nacimiento, descendiente de una familia ilustre, casado con una señora rica del país, renunció á la religion católica y abrazó la protestante con el fin de abrir un camino á su ambicion. Fué coronel durante la guerra de España, y luego diputado de los Estados generales. Nombrado por su gobierno, despues de la paz de Utrech, para arreglar algunas dificultades comerciales pendientes entre España y Holanda, vino en calidad de enviado extraordinario y luego de embajador á Madrid. Era entonces primer ministro el cardenal Giudice; pero el poder efectivo de la monarquía estaba en manos de Alberoni á quien pronto cedió su título y su puesto. Comprendiendo desde luego los enredos de una corte tan bulliciosa é inquieta, deslumbrado por la rápida carrera de los aventureros que se sucedian en el mando, con imaginacion viva, con imperturbable audacia y suma gracia y influencia en la conversacion, el baron de Ripperdá se resolvió á probar fortuna en el azaroso juego de los favores cortesanos. Aduló á Alberoni y conspiró al mismo tiempo contra él; lisongeó con su intrépido charlatanismo la ambicion de la reina y se unió con el confesor del rey. Decidido al fin, vió que su cualidad de extranjero y de protestante eran obstáculos para su elevacion; renunció su empleo, mudó de patria y se convirtió de nuevo á la fé católica. Instruido en las teorías comerciales y con estensas nociones de economia política, trabajó y presentó muchos planes y obtuvo un permiso para establecer una fábrica real de paños en Guadalajara, de que fué nombrado superintendente con sueldo considerable. Pero Alberoni descubrió sus intrigas contra él y le quitó el destino; á su caída lo recobró. Su muger habia muerto y Ripperdá se casó en segundas nupcias con una señora española de muy ilustre familia. Felipe V abdicó y Luis I subió al trono. El aventurero holandés examinó la situacion y vió que á pesar de su retiro á S. Ildefonso, el poder habia de volver por un medio ú otro á la hábil y ambiciosa Parmesana. Dedicóse á conseguir su favor, y lo alcanzó, cuando por muerte de Luis, volvió al trono Felipe V. Isabel Farnesio lo hizo nombrar embajador de Viena. Era entonces el plan de la corte entrar á cualquier costa en alianza con el emperador: el objeto era allanar los obstáculos que se oponian á la sucesion de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia prometida al infante don Carlos por la cuádruple alianza, y que la impaciencia de la reina queria obtener sin dilacion alguna. El lisongero pero absurdo programa de Ripperdá antes de su partida, tomóse por una muestra de habilidad superior y prometiéndosele á su vuelta la direccion del ministerio. Partió de incógnito el aventurero; concluyó en nombre del rey de España un tratado desastroso con el gobierno austriaco; disgustó y alarmó á todas las potencias de Europa: gastó inmensas cantidades, y luego tomando públicamente su carácter de embajador, hizo una entrada magnífica en Viena. Deslumbróle la exaltacion de su fortuna y aumentó su ligereza natural; su conducta y su conversacion rivalizaban en extravagancia. Vuelto á España, manifestóle la reina su reconocimiento nombrándole Secretario de Estado, superinten-

dente del Comercio de Marina, y grande de España de primera clase con el título de duque.

Pero su indiscrecion y su ridicula arrogancia, su charlatanismo y su ligereza, su falsedad impudente y la inconstancia de sus planes, le hicieron un ministro despreciable y le señalaron á la animadversion publica. Destituido al fin, manifestó el pueblo de Madrid con las mayores demostraciones su alegría: recibieron insultos algunos de sus criados y Ripperdá, sobrecogido de un terror pánico refugióse en la embajada de Inglaterra; allí, pidiendo al embajador su auxilio, reveló entre lágrimas y sollozos los mas importantes secretos del Estado.

Apenas se divulgó en Madrid la noticia de su vergonzosa acogida al pabellon inglés; el enviado de Austria fué á participárselo á la Reina; ambos conocian la gravedad de los asuntos reservados que podia descubrir el ministro caído y su resentimiento llegó á su colmo. Consultóse al consejo de Castilla la medida de arrancarlo á viva fuerza de su asilo y se obtuvo su aprobacion: el 23 de mayo de 1726 apareció delante de la embajada de Inglaterra una partida de sesenta caballos mandados por un general y un alcalde de corte, que intimaron la entrega del refugiado. Eran las seis de la mañana, despertóse al embajador quien, al tomar conocimiento de la orden del gobierno, protestó en forma; anotóse la protesta, pero se procedió á la ejecucion. El duque de Ripperdá estaba en cama todavia, diósele apenas tiempo para vestirse, y metiéndole en un coche, caminó bajo la custodia del alcalde de corte en direccion de Segovia. Llegados al alcázar, salió el alcaide á recibirle: hizo el comisionado entrega formal del prisionero; permitiéndosele para su servicio uno de sus criados, y alojósele en una de las torres del castillo, dejándole estensos aposentos para su recreo y comodidad.

Pasó los primeros dias en un estado de abatimiento y postracion inesplicable en quien, como él, habia visto la existencia humana en todos sus contrastes y alternativas. Lloraba pusilánime al recordar su perdida elevacion y el odio que le profesaba el pueblo; miraba con horror y sin esperanza su prision, y sentado junto á la ventana de su alcoba, pasaba muchas horas contemplando melancólicamente el horizonte y las turbias aguas del Eresma que bañaban la torre que aseguraba su cautiverio. Sus largas noches de afliccion y de vigilia llegaron á perturbar su imaginacion estraviada; y pasando de su vergonzoso abatimiento á una exaltacion espantosa de cólera y de venganza, devorado por una irritacion continua, entreteníase en trazar sobre el papel planes absurdos para atraer la guerra y la desolacion á la monarquía. En su calenturienta actividad concebía los mas extravagantes proyectos para trastornar el equilibrio político de Europa: anhelaba una guerra por cualquier camino con tal que la ruina y la pobreza y el incendio cayese al fin sobre España. Todo el dia murmuraban sus labios denuuestos contra el rey, obscenos insultos contra la reina y sarcasmos contra los personajes principales de la corte. Cuanto llevaba el nombre español fué desde entonces un objeto de repugnancia para él; y se propuso al acabar su cautiverio visitar todas las capitales de Europa para predicar una cruzada contra el monarca y el pueblo que castigaban sus crímenes y su orgullo. Llegáronle noticias de la venida de una escuadra inglesa sobre las costas de España y mantúvose todo el dia alegre y comunicativo, vestido con suma esplendidez y escribiendo extravagantes comunicaciones. La ansiedad con que acogia los mas absurdos rumores, la impaciencia con que aguardaba á cada momento alguna ocurrencia portentosa, sus vigilias, sus accesos de cólera y de venganza le postraron al fin en cama con una inflamacion cerebral, que fué cediendo lentamente á medida que se calmaba su febril imaginacion.

Y sin embargo de tantos arrebatos, nada habia en su cautiverio que pudiese justificar la desesperada tristeza del duque. Tenia anchas habitaciones con todos los muebles y requisitos que sus hábitos de lujo necesitaban; concediale el alcaide permiso de pasear por todo el castillo; admitiale y le honraba en su tertulia; habiale señalado el rey trescientos doblones mensuales para gastos de su mesa; y sus riquezas en el extranjero le ofrecian sobrados medios para adquirir cuantas comodidades y caprichos pudiesen aliviar la amargura de su prision. Despues de trampas y errores y bajezas y falsias, nunca debió esperar tal dulzura ni tantas consideraciones en su confinamiento. Nada sin embargo le servia, porque para su alma intrigante y revoltosa, la quietud era la muerte y el reposo el mas acerbo de los dolores.

Era el alcaide del alcázar un hombre retirado del mundo despues de haber vivido mucho tiempo en él. Militar en su juventud, habia hecho las campañas de su época bajo diferentes banderas, visitado distantes cortes y probado todas las alternativas de la fortuna. Asi que en el último periodo de una vida agitada, deseaba solo la tranquilidad al lado de su familia. Habia viajado considerablemente y contaba infinitas anécdotas con gracia y novedad. Su conversacion y su finura atraian á su casa algunas familias de Segovia, y muchos caballeros y regidores y la mayor parte de los empleados, eran asiduos concurrentes á sus sencillas reuniones. Esperimentado en las peripecias cortesanas y sabiendo cuan rápidamente vuelve su rueda la fortuna, el hábil alcaide obsequiaba sobre manera al orgulloso Ripperdá; un golpe de favor podia volver al ministro su perdida posicion; y era útil conservar agradecido al que tal vez á la siguiente semana seria de nuevo el personaje mas importante del estado. Pero aun sobrado irritado en sus pasiones, respondia el duque con desdenes á tan respetuosos homenajes: hasta que al fin, desengañado de sus proyectos y perdidas sus esperanzas con la muerte del rey de Inglaterra y la paz general de Europa, conoció que nada tenia que esperar del extranjero y solo á su valor y á su industria habia de deber su libertad.

Aunque las órdenes que el alcaide recibia de la capital le mandaban vigilar estrictamente al prisionero, tenia Ripperdá anchura bastante para hablar y discurrir á su sabor con la guardia del alcázar. Habia ganado á algunos soldados, pero fueron relevados antes que se decidiese á intentar la fuga. Vino á servirle de Madrid un page, llamado Gerónimo Enriquez, con propósito de ayudarle para recobrar la libertad; pero hallando azarosos los medios que le proponia, dejó pasar tambien esta ocasion. Su extraordinaria fortuna le brindó una proporcion favorable cuando menos lo esperaba.

Entre las personas que concurrían á la tertulia del alcaide, distinguíase una señorita natural de Tordesillas y residente en Segovia. Llamábase doña Josefa Fausta de Ramos y unia á una esmerada educacion la mas interesante figura. Habíase dedicado con sobrada atencion á la lectura de historias y novelas, y su imaginacion, escitada continuamente por exageradas narraciones, inflamaba con toda la fuerza de la fantasia sus pasiones naturalmente violentas y su temperamento coluptuoso. En la soledad y monotonía de su vida, necesitaba un objeto de amor y de entusiasmo; no le bastaban las relaciones comunes de la sociedad; anhelaba un principe, un héroe, un personaje, en fin, que diese ocupacion á la fama y páginas á la historia. La acalorada imaginacion de la indiscreta jóven creyó ver su sueño realizado en Ripperdá: grande de España, primer ministro, caido de la altura de la grandeza humana á los tormentos del cautiverio, hombre de raras aventuras, elegante en sus modales, con talento y gracia en la conversacion, habia deslumbrado completamente sus deseos: aun conservaba el duque una figura agradable y no vió la linda

señora las arrugas que ya empezaban á surcar su rostro. Todas las noches acudia la primera á casa del alcaide y era la última que se despedia: sus miradas y ojos revelaron pronto su pasion al distraido Ripperdá. Vió en ella una muger hermosa que se ponía en su camino y un instrumento tal vez de que servirse oportunamente: afectó el mas violento cariño, y consiguiendo entrevistas secretas en su alcoba, alcanzó pronto el objeto de sus deseos. Todo fué dulzura y placeres, tanto mas deliciosos cuanto mas arriesgados, en los primeros tiempos de sus amorosas relaciones; pero una noche se echó llorando la imprudente jóven en los brazos de Ripperdá y le reveló entre sollozos que llevaba en su vientre el fruto de su falta; el temor de su familia la traía desasosegada é inquieta. Este era el punto á que desde el principio habia querido llevarla el duque y hacia dias que esperaba semejante confianza; pero manifestándose sorprendido y aterrado por tan funesta noticia, le juró que no podia abandonarla en su desventura, que era preciso huir, y por acompañarla estaba resuelto á morir saltando las murallas de la prision. Tranquilizóle la novelesca y enamorada señora, y prometióle que se ocuparia sin tardanza en preparar su libertad. El prisionero por su parte llamó á su ayuda de cámara, un francés que habia traído de Holanda y que en todas sus empresas le habia servido sin escrúpulos ni temor; dióle parte de sus proyectos y le dejó combinar los medios de llevarlo á cabo. Separáronse los amantes citándose para el siguiente dia, y no habia pasado una semana cuando, concluidos los preparativos de la fuga, faltaba solo á Ripperdá una conjuntura favorable para verificar la evasion.

Habia ganado el francés con habilidad y dinero al sargento que tenia á su cargo la inspeccion de las habitaciones del duque y la parte contigua del alcázar. El proyecto hubiera sido en otro caso imposible. Pero no era escaso impedimento el que oponian los achacos de Ripperdá. Sus continuos ataques de gota le quitaban á veces el uso de sus miembros; y si bien le era facil cabalgar durante algunas horas, no podia sostenerse pasado algun tiempo sobre la silla, ni sufrir el trote galope de un caballo. Necesitaba para viajar un carruaje y ni aun asi le era posible forzar las jornadas ni precipitar su movimiento. Tal combinacion de circunstancias hacia la fuga del prisionero extraordinariamente difícil. Pero su activa amante, desplegando una habilidad que parecia incompatible con sus novelescos pensamientos, supo vencer todos sus obstáculos con su ingenio y con su industria. Buscó un guia seguro y buenos caballos. Para evitar que fuese descubierta su evasion antes del tiempo que necesitaba para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores, Ripperdá rogó á su criado que se quedase en el castillo, asegurase á todo el mundo que estaba enfermo y no podia levantarse á causa de la gota; y recibiendo los alimentos ordinarios que le enviaban, los comiese ó los arrojase por el balcon, cuidando de decir, si alguien pretendia entrar, que estaba el duque durmiendo. A pesar de su fidelidad y afecto á su amo, resistiase el francés á permanecer en el alcázar por temor del inevitable castigo; pero supo el prisionero convencerlo con tal habilidad; fueron tales las súplicas de doña Josefa y tan abundantes las dádivas y promesas que se le hicieron, que dió su consentimiento al fin: el principal obstáculo habia desaparecido; faltaba señalar el momento. Elijióse una noche de las hermosas de setiembre: habia acudido en la tarde mucha gente de los pueblos á la corrida de toros y podia viajar por tanto sin escitar sospecha.

Combinado maduramente el plan, la enamorada señora quiso ayudar á la fuga de su amante. Púsose vestidos de hombre y encaminóse al alcázar al anochecer; tomándole por un muchacho portador de algun mensaje, el centinela la dejó pasar. Habia un jardin debajo de

los balcones del aposento del duque; é introduciéndose allí con ayuda del cómplice sargento, se escondió hasta que llegase la hora señalada. El sitio estaba perfectamente elegido; era el único accesible de la fortaleza: solo una muralla lo separaba del camino real. El guía estaba esperando á corta distancia oculto con los caballos detras de unos árboles; el alcaide se hallaba enfermo en su habitacion: reinaba el silencio en el castillo, y una luna brillante y clara iluminaba la escena con sus transparentes rayos. El relox del alcázar dió las diez; era la hora convenida: hizo una señal la señora y asomándose el criado al balcon, arrojó una escalera de cuerdas que habia fabricado dias atrás con el mayor sigilo. Sujetóla por abajo el sargento; algunos instantes despues apareció Ripperdá. Aunque lenta y un tanto temerosamente bajó sin ruido al jardin, y cogiendo la escalera del jardinero, la aplicó á la muralla: difícilmente podia subir á causa de sus achaques, pero la linda y decidida jóven le sostenia: ayudado por el sargento pudo bajar al camino; y montando en su caballo acompañado del guía, tomó á buen paso el camino del pueblillo de Carboneras. Allí debia permanecer oculto en un mal meson, aguardando á su compañera y libertadora.

Doña Josefa entretanto habia anunciado con anticipacion á sus parientes y amigos que, convidada por una compañera de su infancia, iba á pasar algunos dias en Valladolid; el sargento por su parte habia obtenido licencia de su gefe para ver á su familia. Alquiló la señora un carruaje, y escoltada por el astuto soldado tomó el camino de Carboneras. Habia llegado dos dias antes el duque de Ripperdá, cabalmente al rayar el alba y despues de haber encontrado una partida que le detuvo, mas no hallándole sospechoso le dejó marchar. Reunieronse allí los dos amantes; y apenas perdieron de vista las casas de la aldea, dijo Doña Josefa al conductor que la circunstancia de haberse encontrado inesperadamente con su hermano la obligaba á mudar su ruta, y así en vez de marchar á Valladolid le convenia dirigirse á la frontera de Portugal. No dejó de parecer extraña al segoviano tan repentina variacion, pero acreditáronse sus sospechas al recibir la órden de evitar las ciudades y el camino real: entonces parando el carruaje, anunció su resolucio de volverse y de abandonar á viajeros que tan poco bueno prometian. Dificultosa era la situacion: el mayoral gritaba y no queria ceder ni á súplicas ni á amenazas: todo se perdía si acudia gente; pero el sargento lo remedió pronto: sacó de su bolsillo una pistola, la amartilló con sumo cuidado y poniéndola al pecho del conductor, le aseguró que lo mataba en el acto si inmediatamente no obedecía.

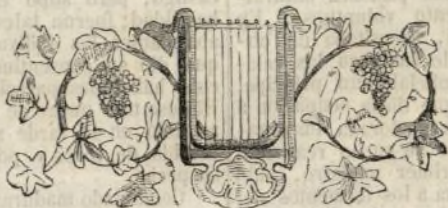
No habia medio de resistir á tan elocuentes razones. Volvieron al coche el asustado duque y su enamorada compañera; cabalgó de nuevo el intrépido sargento, y por horribles caminos de travesia, pasando malas noches y peores dias, tomando algun descanso en miserables chozas y desconocidas aldeas, cruzaron la frontera y se en-

contraron en Portugal. La primera ciudad de este reino á que llegaron fué Miranda de Duero: Ripperdá estaba escesivamente fatigado y se metió en cama para descansar: apenas le hubo dejado el mayoral en el meson, cuando resentido de la treta que le jugaran y deseoso de vengarse de los desgraciados viajeros, acudió al alcaide y le dió queja formal del caso sucedido: fué citado el sargento ante la presencia judicial: pero habiéndole enterado de antemano el duque y recibido sus instrucciones, se presentó ante el magistrado, y sin darle tiempo para empezar su interrogatorio, le dijo en voz baja y misteriosa: «guárdese vuestra merced y cuide lo que hace; mi amo ha venido á un negocio de estado importante y secreto; conviene que nadie se entere de que está aquí; por esa razon dejó á España de tan encubierto modo; es el señor don Antonio de Mendoza, sobrino de don Diego de Mendoza Corte Real, Secretario de Estado de S. M. Fidelísima: cuidado, cuidado.» La invencion de Ripperdá estaba fundada sobre un hecho; efectivamente debia pasar aquella persona por el mismo camino de vuelta de una mision diplomática á Madrid; pero el infeliz alcaide, atónito y sorprendido á tan extraña revelacion, no sabia como dar satisfacciones bastantes al criado de tan escelso personage. «Basta, basta, le dijo el sargento en tono solemne: vea vuestra merced si puede conseguir un carruaje y un par de caballos para su excelencia; no necesito recomendarle el silencio mas absoluto.» Al cuarto de hora tenia el duque de Ripperdá el coche y los caballos á la puerta del meson, y habiendo sabido por esperiencia cuanto valia en Portugal el nombre de don Antonio de Mendoza, no lo dejó hasta llegar á Oporto, recibiendo, gracias á él, las mas esquisitas atenciones en todos los pueblos del camino. De Oporto se embarcó con su amada para Inglaterra y el sargento lo siguió.

El ayuda de cámara francés siguió esactamente las instrucciones de su amo; nueve dias supo sostener la farsa: el alcaide al fin entró en sospechas; registró la alcoba y descubrió la verdad. Dió parte inmediatamente á Madrid, y siendo ya imposible alcanzar á Ripperdá, el secretario de Estado pasó una circular á todos los embajadores y ministros estrangeros pidiendo que le fuese entregado el duque si tomaba asilo en los dominios de sus respectivos soberanos. El criado fué sentenciado á seis años de presidio; pero recibió el indulto á los pocos dias, marchó á reunirse con su amo á Londres, y murió á su lado algunos años despues.

Tal es el bosquejo de un episodio de la vida de Ripperdá, de ese inquieto aventurero que tras largas vicisitudes abrazó la fé mahometana para ser ministro y generalísimo del emperador de Marruecos, que mandó las legiones de moros que sitiaron á Ceuta, y desterrado por una revolucion, vino á morir de baja jubilado, cultivando flores y plantas en los jardines de Berberia.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrechos son los límites á que forzosamente tiene que reducirse el que traza estos apuntes, para lo mucho que pudiera y quisiera decir acerca de la vida y escritos del señor *Breton*; si bien poco podría añadir á lo que con tanta exactitud como elocuencia refiere el señor *Gil de Zárate* en la biografía que escribió de aquel ingenio, y que forma parte de la coleccion que se publica en esta corte.

La íntima y casi fraternal amistad que liga al que esto escribe con el señor *Breton*, desde la llegada de este á Madrid en 1824, le pone en el caso de ser quizá el que mas á fondo y con mas pormenores sepa todos los lances, aventuras, gozes, sinsabores y aun pensamientos que constituyen la vida pública y privada de nuestro eminente poeta cómico; y bien quisiera aprovechar esta oportunidad de consignarlos aquí, si no le detuviera la falta de espacio, y mas que todo el temor de que al interesado no le agradará ver sacar á la plaza minuciosos pormenores de la azarosa vida que corrió hasta la fecha arriba citada. Estos pormenores, sin embargo, serán un día de sumo interés para la posteridad; la cual, en sentir del que esto dice y de todos los que conservan sanos principios de buen gusto en materias literarias, reserva al señor *Breton* uno de los primeros puestos en el Parnaso español. Poco importa que críticos superficiales, en quie-

nes los instintos literarios siguen sin discernimiento el caprichoso impulso de la moda, tuerzan el gesto á cada nueva producción del poeta, ó se desdénen de examinar sus obras con la detencion y el respeto que sus altas bellezas reclaman; á estos críticos les está reservado el perpetuo ridículo que ha caído sobre los redactores de la *Revista de Edimburgo*, que en un artículo sobre *Biron* cuando este publicó sus primeros versos, dijeron con tono magistral: «Este jóven no hará nunca nada de provecho.» El señor *Breton* tiene, entre otras muchas cualidades que le aseguran la inmortalidad, una que basta por sí sola, y que consiste en la originalidad: no la originalidad relativa, sino la absoluta, la que hace al poeta crear, no comedias de un género inventado por otro; sino un género de comedias, inventado por él mismo; género cuya excelencia podrá quizá ser cuestionable; pero que es único, nuevo, peculiar del que lo creó; que distingue á un poeta entre todos los de su época, y señala un período de observacion y de estudio en la historia literaria de las naciones. Cuántas veces los que con mas desden hablan de las producciones del señor *Breton*, dicen candidamente, creyendo rebajar su mérito. «¡Qué fastidio! Desde que se oyen los primeros versos y aun desde que se lee el título, ya se sabe de quién es la comedia.» Y no falta quien añade: «Siempre nos pone en sus co-

medias lo que estamos viendo diariamente en nuestras casas. »—Ahora bien, ¿cabe mayor elogio de un poeta cómico?

Ni es tampoco argumento de ningún peso la varia fortuna que sus obras dramáticas han experimentado en su primera representación. Abstengámonos de hacer reflexiones para probarlo, y acudamos á hechos, á ejemplos. De las cinco comedias originales que compuso *Moratin*, quizá no hay mas que una, *El Si de las niñas*, que no levantase cruda borrasca en su primera representación, y acerbos críticas, y pullas y epigramas despues entre los críticos de su época; y de las infinitas que escribió el desventurado *Comella*, apenas hay una que no fuese acogida con entusiasmo y diese á los teatros largas y pingues entradas. El éxito de la primera noche podrá decidir de los resultados mercantiles de una obra dramática; pero los jueres de su existencia literaria fallan despues, y el verdadero fallo es ese.

Mucho vá escrito, y alguno tal vez estrañará que nada se diga de la vida del señor Breton como promete el título de este artículo; pero cuando la vida de un poeta no está enlazada con altos acontecimientos públicos: cuando para relatarla seria preciso acudir á su vida privada, campo vedado en vida de la persona á quien hay que referirse, ¿qué otra puede ser su historia sino la historia del arte en que sobresale? Del señor Breton puede decirse que nació en *Quel*, villa de la provincia de Logroño, el día 19 de diciembre de 1800: que vino niño á Madrid, é hizo los primeros estudios en la Escuela Pia de San Antonio Abad, donde ya manifestó su inclinacion á la poesia, haciendo composiciones en que brillaba el espíritu de independencia y patriotismo que despertó en España la agresion francesa de 1808; y este entusiasmo noble se desarrolló en su corazon de tal manera, que en 1814 se incorporó voluntariamente á las filas del ejército y salió á campaña. El periodo de su vida, que comprende desde esta época hasta 1825, en que huyendo la persecucion del poder absoluto, entronizado de nuevo, se refugió á Madrid, donde no era conocido, forma tan singular contraste con el que dió entonces principio y hoy continúa, que no dejaría de interesar y dar materia á consideraciones dignas de atencion. Baste decir que aunque estas dos épocas de la vida del señor Breton, la de soldado y la de poeta, presenten tan diversa fisonomia, tan fuerte contraste cual en pocos hombres pudiera hallarse, hay un lazo que las une, y que es la primera cualidad del hombre: la honradez y el pundonor. Asi vemos al señor Breton siendo soldado, y habiéndose amotinado una noche la compañía contra el coronel, entrar solo en la cuadra donde reinaba el tumulto, y deshacerlo á cuchilladas, haciendo acostar en los camastros á los soldados, y salvando así la vida del apocado gefe, que andando el tiempo llegó á general, y no volvió á hacer memoria del lance, ni á saludar á su libertador: y así le vemos luego en su pacífica vida de poeta, por los años de 1826, partir el mezquino peculio que el teatro le daba por sus obras con aquellos á quienes el cultivo de las bellas letras habia ligado con él en fraternal amistad, y no pocas veces con el que escribe estas líneas y se honra haciendo esta confesion, que tanto realza las prendas morales de su amigo.

Refugiado á Madrid, como se ha dicho, el señor Breton, en 1824, huyendo de la *pilita* acompañada de palizas con que regalaban por esas provincias á los comprometidos en el sistema constitucional, recordó que años atrás, hallándose en unos baños de Andalucía, habia

compuesto sin mas pretensiones que las de pasar el rato, una comedia en prosa, en tres actos, á que puso por título: *A la vejez viruelas*; y aunque con pocas esperanzas, buscó el manuscrito, y se presentó con él al señor *Caprara*, actor distinguido y director de escena entonces. Este que á la sazón no sabia qué funcion disponer para el día 14 de octubre, cumpleaños del rey, leyó con brevedad la comedia del novel ingenio y no pareciéndole mala la puso en escena para ese día, bien ageno de creer que aquel paso valia tanto para el teatro español; pues varias veces ha confesado despues el señor Breton, que si no se le hubiese admitido aquella obra, nunca hubiera vuelto á pensar en dedicarse á la poesia dramática. La comedia tuvo un éxito feliz y se ejecutó con suma perfeccion; baste decir que el papel de la protagonista estaba encargado á la eminente actriz *Gertrudis Torre*.

Animado Breton con este triunfo, compuso una comedia en verso, en cinco actos, titulada; *Los dos sobrinos*, que se representó el año siguiente de 1823; con cuyo motivo escribió un excelente artículo de critica literaria don Pedro Gorostiza, y dijo que de la primera comedia á la segunda habia un salto, *que ni el de Alvarado*. Pero mayor fué sin duda el que dió nuestro poeta desde esta á la titulada *A Madrid me vuelvo*, que ya le alzó á una altura que él mismo apenas ha podido despues superar.

Hé aquí la lista de las que hasta hoy ha dado al teatro, por el orden en que las compuso

A la vejez viruelas.—Los dos sobrinos.—El ingénuo.—A Madrid me vuelvo.—La falsa ilustracion.—Achaques á los vicios (en prosa).—Marcela.—Un novio para la niña.—Un tercero en discordia.—Me voy de Madrid.—Elena (drama).—Todo es farsa en este mundo.—El hombre gordo.—La redaccion de un periódico.—Mérope (tragedia).—El amigo mártir.—Flaquezas ministeriales.—Una de tantas.—Muérete y verás.—El pró y el contra.—El poeta y la beneficiada.—Don Fernando el Emplazado (drama).—Ella es él.—Medidas estraordinarias.—El hombre pacífico.—El qué dirán.—Un día de campo.—El novio y el concierto.—No ganamos para sustos.—Una vieja.—Vellido Dolfos (drama).—El pelo de la dehesa.—Lances de Carnaval.—Pruebas de amor conyugal (para el Liceo).—El cuarto de hora.—Dios los cria y ellos se juntan.—Cuentas atrasadas.—Mi secretario y yo.—¿Qué hombre tan amable!—Lo vivo y lo pintado.—La pluma prodigiosa (de magia).—La batelera de Pasages.—La escuela de las casadas.—El editor responsable.—Estaba de Dios.

Ha traducido ademas muchas tragedias y comedias, españolizando algunas de estas últimas hasta el punto de parecer originales, como sucede con *El amante prestado*, *La familia del boticario*, y otras, en donde no ha quedado rastro de su origen estrangero.

Si no bastára y aun sobrara á la gloria de Breton la corona dramática que se ha ceñido, aun pudiera alegar títulos al dictado de poeta lírico, presentando un tomo de poesías que anda impreso, en el cual campean composiciones de primer orden. Descanse pues el señor Breton, y consuélese de la poco meditada critica de algunos contemporáneos, con la fundada esperanza de que suyo es el *non omnis moriar* de Horacio, y con el aprecio que merece á todos aquellos que se le tributan siempre al saber y la virtud.

VENTURA DE LA VEGA.



ESTUDIOS RECREATIVOS.

SANCHEZ COELLO.

El emperador Carlos V vivía aun, pero no reinaba. Habíase retirado al monasterio de Yuste para gozar en el retiro del claustro la calma y felicidad que en vano buscara en su ruidosa y brillante vida de monarca.

Sin alegría al menos ostensible, heredó Felipe II á su padre vivo, sin embargo de ser la herencia la mas bella corona de Europa y del mundo entero. Casado con una muger que tenia doce años mas que él, naturalmente triste y misántropo, ocupábase de los negocios del reino con perseverancia y obstinacion, pero sin entusiasmo y sin interés, como se cumple un deber penoso. De este modo pasaba el día sin que el menor descanso, ni la mas ligera distraccion desarrugase por un momento su frente surcada por los cuidados y el trabajo. Cuando llegaba la noche, retirábase á su oratorio, donde permanecía solo, sin que una voz amiga animase su soledad.

La reina vivía separada de él. Los unos atribuian el sombrío carácter del rey al dolor inconsolable que le causara la muerte de su primera muger, la princesa Doña Maria de Portugal; los otros á una enfermedad fatal que padecía el hijo de Carlos V casi desde la cuna. El hecho es que nadie le vió jamás sonreír y que sus antiguos servidores no se le aproximaban sino temerosos, á pesar de no haber salido jamás de sus labios una sola palabra dura. Cuando tenia que reprender, hacíalo con un gesto ó una mirada: su viejo ayuda de cámara Fernando Leiva murió de espanto por haber obtenido uno de esos mudos testimonios de enfado.

La única distraccion que gozaba el rey, era recorrer durante la noche las calles de Bruselas. Dos ó tres celosos guardias de confianza velaban desde lejos sobre su vida y no le perdian de vista. Felipe II, vestido á la usanza de un hombre del pueblo y embozado en su larga capa, íbase por los barrios mas desiertos, parábase á escuchar en las puertas, procuraba escudriñar por las rendijas de los postigos y de este modo sorprendia muchas veces los secretos de las familias, de los cuales se servia casi siempre para poner en cuidado y embrollar á las personas á quienes pertenecian é interesaban aquellos; pero en raras ocasiones hacia mal uso de ellos, contentándose solamente con sorprender á las pobres gentes. Luego que tenia arreglada su comedia disponia comunmente el desenlace por algun acto de munificencia que realizaba el dicho *Deux ex machina*.

Cierta noche que segun costumbre callejeaba por la ciudad, descubrió á un jóven durmiendo profundamente sobre uno de esos poyos que en aquella época habia delante de las puertas de casi todas las casas. Dióle una palmada en el hombro y lo despertó.

—¿No sabeis le dijo en flamenco, que está prohibido acostarse á la intemperie? Ahora mismo pasará una patrulla y os llevará á la cárcel.

—Nada me importa, respondió el joven en español, pues en este mismo instante voy á terminar un negocio que creí no poder hacerlo hasta rayar el día.

—¿Un negocio! ¿á semeiante hora?

—Un negocio, sí; y negocio importante.

—A menos que no trateis de robar á algun vecino y de forzar su puerta, no sé de que negocio podeis ocuparos á estas horas, cuando todo el mundo duerme.

—En efecto, tambien á mí se me habia ocurrido lo de la puerta forzada y el vecino robado, ejercicio á que parece estais acostumbrado, si he de juzgar por la manera desembarazada con que me hablais de esas cosas; pero he desechado este mal pensamiento y vuelvo á mi primera idea.

—¿Y puedo saber que idea es esa?

—No acostumbro á tomar por confidentes á personas que encuentro en la calle á las diez de la noche. Hacedme un solo favor; soy extranjero, no sé hácia que parte está el rio; os suplico que me lo digais.

Felipe II cedió al deseo del desconocido y le dejó alejarse, pero le siguió sin perderlo de vista. El jóven se dirigió al rio, y al llegar se detuvo en el parage mas escarpado que descubrió á la claridad de la luna. Arrodióse en seguida, pronunció una corta plegaria é iba á precipitarse cuando sintió que lo agarraban del cuello y le separaban del agua.

Era el rey.

—No me hagais cometer una mala accion antes de morir, dijo el español sacando su daga. Debo escojer entre la muerte y el crimen. Dejadme morir ó de lo contrario os atravieso el corazon con esta arma.

—¿Sois cristiano y quereis suicidaros?

—Es extraño que os arrogueis el derecho de preguntarme y juzgarme; y mas extraño todavia que yo os responda y que acepte esa autoridad que parece pretendéis ejercer sobre mí. Pero ya que la suerte lo ha dispuesto así, sabed que yo salí de Lisboa con la esperanza de hallar á una jóven que idolatro y que sus padres me niegan. Esta jóven se ha marchado de Bruselas con su padre; he agotado todos mis recursos, no encuentro donde ganar un solo maravedí; ¿qué quereis que haga? que siga vuestro consejo, que robe?

—¿Casaros? ¿Pensais hacer esta locura cuando estais en la miseria?

—¡Oh! no hubiera sido pobre en Lisboa, podeis creerme, pues si los padres de doña Luisa Reinaldo hubiesen consentido en mi boda, indudablemente seria ahora pintor de doña Juana, hermana de vuestro rey Felipe II; pero los hidalgos no quisieron tomar por yerno á un pintor y partieron para los Países Bajos, donde el padre acaba de desempeñar una importante mision cerca del rey. Yo los hubiera seguido, porque llevaban consigo á mi alma; pero como ellos viajaban en coche y yo á pie, cuando llegué, ya se habian marchado y no he podido averiguar hácia que pais se han dirigido. Ayer estaba muerto de hambre; no tenia una blanca; ofrecí á un fondista hacerle su retrato por el precio de una cena y me echó á la calle. Dejadme, pues, que me arroje al agua; porque el demonio me ha inspirado ya mas de una vez malas ideas. ¡Oh! la miseria es un consejero muy temible.

—Es menester no desanimarse tan pronto.

—Pero cuando se tiene hambre ¿qué remedio hay? ¿No comer?

—Ea, me deciais antes que ofrecisteis hacer un retrato por un escudo; yo deseo tener el mio y os doy hasta veinte libras tomesas por satisfacer mi antojo. Tomad esta pieza

de oro que es algo mas de la suma, y mañana me dareis la vuelta.

—No quiero limosna, dijo el español rehusando la pieza de oro.

—Pero advertid que esta no es limosna, sino el precio de un retrato que habeis de hacerme. Tomad, escribid á la luz del farol que alumbrá á esa virgen, un billete concebido en estos términos:

«He recibido el precio del retrato que deberé entregar al portador de este billete.»—Firmad.

El español hizo lo que le dijo el rey, que continuaba embozado en su capa, y puso al pie del papel el nombre de Sanchez Coello. En seguida iban á separarse los dos cuando el pintor llamó al desconocido.

—¿Pero como os he de hallar si no sabeis, ni aun yo mismo sé donde voy á alojarme?

—No tengais cuidado, yo os buscaré.

Sanchez tomó la bolsa que contenia sus pinceles y sus colores, se la echó á la espalda, y se dirigió á una fonda: llamó á la puerta y consiguió no sin algun trabajo que le abrieran.

En la mañana siguiente todavia estaba durmiendo, cuando entró un criado en su cuarto preguntando por él.

—Señor, le dijo, hace muchos dias que ando buscando por toda la ciudad de Bruselas. Es preciso que inmediatamente paseis á ver á S. M. C. Felipe II que ha mandado llamaros.

—¿El rey?

—Su magestad en persona.

—Pero yo no estoy en estado de presentarme delante de un monarca, con esta ropa destrozada.

—Es menester obedecer á S. M. porque á S. M. no le gusta esperar. Venid ahora mismo sin que os dé cuidado el traje.

Y condujo á Sanchez Coello que se preguntaba á sí mismo que cosa tendria que mandarle Felipe II, y como el rey de España y de los Países Bajos habria sabido que existia en el mundo un Sanchez Coello y que este Sanchez habia llegado á Bruselas.

Halló á Felipe II, segun su costumbre, vestido de negro y rodeado de los principales señores de su corte: no sin verguenza y repugnancia penetró Coello con su miserable vestimenta en la régia estancia por entre aquella brillante turba de cortesanos.

—Señor Alonso Sanchez Coello, le dijo el principe, nuestra muy amada hermana nos ha dicho que estabais en Bruselas y nos recomienda eficazmente á su pintor favorito. Quisiéramos, pues, deber á vuestro talento un cuadro que represente algunos pasages de la vida de nuestro bienaventurado patron San Felipe, para adornar con él la iglesia de Santa Ursula el dia mismo de la fiesta de San Felipe que será dentro de un mes.

—Algo corto es el plazo, pero por complacer á V. M. y probarle mi reconocimiento por su generosa acogida me comprometo á concluir el cuadro la vispera de San Felipe.

—Acepto vuestra palabra: en mi palacio se os dará una habitacion y un obrador: nuestra servidumbre toda está á vuestra disposicion y nuestro tesorero os facilitará las sumas que necesiteis.

Sanchez Coello creyó estar soñando, pero su sueño era una realidad. No pudo dudar de ella al verse en posesion de una habitacion casi régia, rodeado de criados puestos á su disposicion, y en frente de su caballete y de un gran lienzo, en el cual principiò desde luego el bosquejo del cuadro pedido por el rey.

A pesar del afán y perseverancia con que Coello trabajaba en este cuadro, la obra era tan colosal, que le fué preciso pasar muchas noches en vela para tener alguna esperanza de poder concluirlo en el dia prefijado. Prometiase empero poder cumplir su palabra, no levantando mano y sacrificando hasta su reposo. Animado, pues, de esta esperanza hallábase un dia trabajando cuando de

repente vió entrar en su cuarto á un desconocido que al verle exclamó;

—Al fin os he hallado; bastante trabajo me ha costado.

Pero ¿cómo habia de imaginar que el hombre que queria ahogarse, faltar de pan, habia de estar alojado en el palacio del rey y con yo no sé cuantos criados á su servicio? Ea, pues, mi muger se llama Felipa; me debeis mi retrato que os he pagado anticipadamente, y es preciso que me lo hagais pronto para regalárselo el dia de su santo.

Sanchez procuraba, mientras este hombre le hablaba, reconocer su voz, y lo que de sus facciones habia podido descubrir en la noche de su rara aventura; pero nada encontraba de lo que recordaba haber visto y oido: mas como este hombre le hablaba de circunstancias, que nadie mas que él podia saber, y sobre todo le presentó el papel escrito á la luz del farol de la virgen, le respondió que estaba pronto á pagar su deuda, pero no para la fiesta de San Felipe, porque necesitaba acabar un cuadro, que con urgencia le habia encargado el rey.

—Antes soy yo que el rey; quiero decir, que antes que él os encargué mi retrato, y si no hubiera sido por mí, á estas horas no tendriais la paleta en vuestras manos. Reclamo pues mi retrato, debeis hacérmelo, sino quereis pasar por embustero.

—Teneis razon, dijo Sanchez, conozco que arriesgo mi fortuna; faltar á la palabra al rey es perderlo todo: pero no importa, sentaos aquí y descansad.

Así lo verificó el desconocido y Coello principiò el retrato. Era aquel de hermosa fisonomia, llena de inteligencia y de finura; miraba trabajar con curiosidad á Coello, y aun dió á entender ser inteligente en la pintura, segun pudo colegir el pintor de tres ó cuatro observaciones que se le escaparon involuntariamente.

Despues de seis horas de trabajo se halló bastante adelantado el retrato, y poco tiempo mas era necesario para concluirle. Sanchez descansó y citó á su modelo para el siguiente dia.

Era este la vispera de San Felipe. Sanchez concluyó el retrato; pero necesitó velar aquella noche, pues el cuadro del rey aun no estaba concluido, y el pintor abrumado de fatiga manejaba todavia la brocha y el pincel cuando Felipe II entró en el obrador.

Al ver que el cuadro no estaba acabado, el semblante del rey espresó un vivo desagrado.

—Me habeis faltado á la palabra, dijo al pintor con aquel tono severo, que mató en otro tiempo al viejo ayuda de cámara del monarca.

Sanchez bajó la cabeza y nada respondió. El rey dirigió entonces su vista á su alrededor y vió el retrato del desconocido.

—¡Por San Felipe! exclamó ¡os habeis entretenido en hacer el retrato de un particular en lugar de ocuparos de mi cuadro! Gracias á vuestra exactitud, ya no podré hoy presentar la ofrenda del cuadro que os habia encargado, y la ceremonia tendrá que suspenderse por vuestra causa. Este es un negocio grave, maestro Coello.

Salióse en seguida dejando al pobre pintor en la mayor consternacion.

Media hora despues recibió Coello la orden de presentarse inmediatamente al rey. Obedeció el desgraciado artista, y no sin terror vió al gran preboste sentado en la sala de recibimiento contigua al departamento de Felipe II.

—Maestro Alfonso Sanchez de Coello, dijo el rey, me habeis faltado á la palabra; pero en cambio habeis cumplido una promesa que me habeis hecho.

El español le miró con sorpresa.

—Si, continuó el principe, el rey y el desconocido que encontrásteis aquella noche son una misma persona, con la sola diferencia de haberos enviado en mi lugar para que lo retratáseis al mas celebre profesor que po-

seen los Países-Bajos y la villa de Amberes, Ottovenio. Podeis ya concluir con comodidad vuestro cuadro de San Felipe, tanto mas cuanto que ahora vamos á ocuparnos de unas bodas.

Silbó entonces en un pito de plata que llevaba en la cintura, y Coello vió entrar al maestro Ottovenio que conducía de la mano á Doña Luisa. Detras venian don Reinaldo y su esposa.

Alonso Coello se echó á los pies del rey y su casamiento se celebró sobre la marcha en la capilla de palacio.

El rey llegó á profesar á Sanchez Coello una gran amistad, como jamás habia profesado á persona alguna. A su regreso á España trajo consigo el rey al artista y quiso tenerlo por compañero en casi todas sus expediciones militares. Escribía siempre de su propia mano cuando Coello no le seguía y le daba en todas sus cartas el dulce nombre de hijo, estampando en el sobre las siguientes palabras: *al muy amado hijo Alonso Sanchez Coello*.

He aquí lo que el historiador Francisco Pacheco cuenta de la amistad de Felipe II hacia el pintor portugués.

“El rey le dió por alojamiento habitaciones espaciosas, todas ellas próximas al palacio; y como él solo tenia la llave se pasaba con mucha frecuencia en bata por una galeria secreta al cuarto del artista donde le sorprendia en la hora en que comia con su familia, y si el pintor hacia el mas ligero ademán de levantarse para saludarle respetuosamente como á su rey, le mandaba quedarse quieto en su asiento, y entraba en seguida por via de pasatiempo en su obrador. Otras veces le sorprendia sentado y pintando y aproximándose por detras le ponía la mano sobre el hombro, y entonces tambien, si al verse Alonso tan favorecido del monarca trataba de levantarse, el rey le obligaba á sentarse y continuar su trabajo.

Coello retrató muchas veces al rey armado, de pie, á caballo, en traje de camino y de mil maneras. Retrató igualmente á diez y siete personas reales, entre reinas, principes, infantes é infantas que le honraban y estimaban hasta el extremo de entrar familiarmente en su habitacion para jugar y distraerse con su muger y sus hijas. Colmáronle tambien de honores y distinciones los principes mas poderosos del mundo, los papas Gregorio XIII y Sisto V, el gran duque de Florencia, el de Saboya, el cardenal Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, etc.

Jamás faltó en su mesa un grande España ó un gentil-hombre de alto nacimiento, porque siendo favorecido por un monarca tan poderoso y grande, muchos querian serlo por el artista. Su casa fué frecuentada por los principales señores de su tiempo, el cardenal Granvela, el arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, el arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, y lo que es mas todavia, el señor don Juan Austria, el principe don Carlos, y multitud de señores, de grandes, de embajadores, hasta el punto de llenar muchas veces dos grandes patios de su casa los caballos, literas, carrozas y sillas de manos: llegó á ser el pintor mas famoso de su tiempo y ganó mas de 53,000 ducados.”

Los cuadros de Coello son muy raros. El museo de Madrid posee entre otros uno de San Sebastian y el retrato del principe Carlos. En casa del señor Mariátegui, arquitecto mayor que fué de esta villa, inteligente y apreciador de las artes, hemos visto entre la multitud de cuadros que decoran su casa, debidos á los pinceles de nuestros mejores pintores como Murillo, Goya y otros, uno de Sanchez Coello que representa un perro dormido y que indudablemente es de los mas acabados de este célebre artista.



Vista del Escorial.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



LA PERRA DE JULIANITA.

¡Vaya que es fatalidad!
¡Vaya que es fuerte desgracia,
que no he de tener amores
que venturosos me salgan!

El diablo me tienta siempre...
ó no sé si es diablo ó diabla,
ó soy acaso yo mismo
quien se tienta y quien se palpa.

Ello es que nunca me inspira
tentaciones ordinarias,
mis amores raros siempre,
mis queridas siempre raras.

No hablo ya de los antiguos,
de los de épocas lejanas,
allá cuando no tenía
bigote, patilla y canas.

Hablo de los mas recientes,
contaré lo que hoy me pasa
con una linda viudita
mas verde que una retama.

Si alguno quiere al objeto
de mis amorosas ansias

reconocer por las señas,
daré sus señas marcadas.

Estatura regular,
algo mas alta que baja,
que yo propendo en amores
siempre al «*Téndimus ad alta.*»

Ojos que me representan
dos opiniones contrarias;
liberales por lo negros,
y facciosos por que matan.

Nariz progresista neta,
que cuando nadie pensaba
en pronunciarse en setiembre,
estaba ya pronunciada.

Color que si Adán lo viera,
de nuevo resucitara
el pecado original
creyendo que era manzana.

De la barba solo digo
que Julianita mi amada
ni tiene pelo de tonta,
ni tiene pelo de barba.

Las señas particulares....
pudiera dar las del alma,
las del cuerpo nunca quiso
que en el pasaporte entraran.

Una pasión la domina,
pero no pasión humana;
que su pasión dominante
son los perritos de faldas.

Tres tiene como tres perlas,
un doguito, otro de lanas,
y el iman de sus cariños,
una perrita africana;

Participio de las perras,
abreviatura con patas,
miniatura con hocico,
y apéndice de su falda.

Pero origen de discordias,
pero principio de alarmas,
pero angustia de doncellas,
y tormento de criadas.

Que la perrita no come,
que la perrita no ladra,
que la perrita está triste,
que la perrita está mala.

Que no me la habeis peinado,
que no la hicisteis la cama,
que no la disteis bizcocho
con la leche esta mañana.

Y hace cargos, é interpela,
y disputa, y riñe, y rabia,
y anda la paz por el coro,
y la guerra por la casa.

Mas todo me diera un bledo,
todo un pito me importara,
con tal que no trascendiese
á mi amor la gresca y zambra.

Pero es lo serio del cuento
que cuando voy á su casa,
pienso echar el día á amores,
y echo á perros la mañana.

Pinto á Juliana mis cuitas,
le empiezo á esponer mis ansias,
y cuando estoy en lo fuerte
de mi amorosa plegaria;

La campanilla que suena,
Lindoro que la oye y ladra,
Pipí que se despepita,
Clorinda que se desgaña,

Julianita que me deja,
por correr tras su africana,
y yo que me quedo haciendo
un papel como una estatua.

Y vuelve con ella en brazos,
y le dice, «¿por qué ladras,
«pícaruela? ¿no te he dicho
«que no ladres cuando llaman?

«Toma.» Y le dá por castigo
una palmadita blanda;
y luego le hace caricias,
y le dá un beso en la cara.

Y á mí me dá.... ¿qué ha de darme?
y á mí me dá cien... palabras
de obsequiarme con un perro
cuando su *Clorinda* para.

Y ¿vd. no ha visto, me dice,
la comedia titulada.
Los Perros de San Bernardo?
—Si señora: es muy buen drama.

—¿Y *el Perro del Pirineo*?
—Tambien, señora, me agrada.
—¿Y *del Perro de Montargis*?
qué me dice vd.?—No es mala.

Pero vd. se ha trascordado
sin duda, bella *Juliana*,
que yo le hablaba de amores,
y mis penas le contaba.

—No señor sino que siempre
á este diablo le dá gana
de cortar en lo mas crítico
la conversacion mas grata.

Vaya, ¡si es lo mas travieso...!
Mire vd.; esta mañana
antes de las once y media,
Subió trepando á mi cama;

Y lamiéndome en el cuello,
y acercándose á mi cara,
y haciendo gestos y cosas
como una persona humana....

Ni á *Lindoro* ni á *Pipí*,
á nadie subir dejaba,
porque es lo mas envidioso...!
—Señora, y quien no envidiara

¡Si en el caso de *Clorinda*...!
¡Perro de mí! Soy un mandria;
¡tener celos de una perra!
y envidia de una alimaña!

Mas concluye la visita,
porque acaba la mañana,
y me salgo dado á perros,
y dando al diablo á *Juliana*.

Pero una sublime idea
me ocurre al llegar á casa;
compro pues un collarcito
con cinta de raso blanca;

Y me voy al día siguiente:
lleno de amor y esperanzas,
«á los pies de vd., querida,
como está vd?—Buena, gracias.

—¿Y *Clorindita*?—*Malucha*;
hoy no ha comido tostada
con el café.—¡*Pobrecita*!
Sentiria incomodarla.

Mas ayer precisamente
me ha llegado por la Mala
este collarcito verde
el cual si V. se dignara

Aceptar para Clorinda,
y que su linda africana
le llevara cuando V.
con ella al Retiro vaya....

—¿No es de París?—No señora.
Pero vino de Alemania,
y la cinta es virjinal
como tiene V. el alma.

—¿Ha visto V. el que trae
la condesa de la Palma
para su perra danesa?
¿Ha visto V. el que gasta

La Pilarcita Olmo Verde
para su perrita de aguas?
¿O el que lleva para el suyo
Rosarito Santa Clara?

Pues todos tres son azules
con cinta color de caña.
—¿Y no me direis, señora,
dónde esos collares se hallan?

—Si, todos son de París,
y del almacén que llaman
des petits colliers de chiens.
rue Saint-Denys, tienda cuarta.

—Pues bien, querida, es muy fácil
el remediar esta falta.
Y éteme que me despido,
y que voy corriendo á casa,

Y tomo papel y pluma,
y escribo al vuelo esta carta
á un amigo de París
versado en la diplomacia:

«Mi amigo: se hace preciso,
y así lo exige la patria,
y el bien público lo pide,
y así mi honor lo reclama,

«Se tome V. la molestia
de pasar presto y sin falta
á la calle de Saint-Denys,
número 2, tienda cuarta;

«Almacén de collaritos
para perritos de falda,
y tome V. uno azul
con cinta color de caña,

«El mejor y de mas precio;
al instante por la Mala
le mande V.—Suyo siempre
atento amigo.—*Posdata*.

«Advierto que me va en ello
el cariño de una dama.
No digo mas; V. mande
con recíproca confianza.»

Mientras el collar venia
las visitas continuaban,
y como papel de deuda.
que en la Bolsa sube y baja,

Así sufría igualmente
mi amor sus altas y bajas;
pero al cabo un diez por ciento
vine á ganar en la plaza.

Llega en esto el collarcito,
se le presento, le agrada,
se le pone á su Clorinda
que con él está que encanta:

«Amigo, es V. muy fino,
le estoy á V. obligada;
mas no esperaba yo menos
del sugeto á quien amaba.

—¿Me amaba V. Julianita?
¿Merezco ventura tanta?
Y mi mano con su mano
naturalmente se enlazan.

Y luego que entrando fuimos
en diálogos de confianza,
fui á cogerle una pulga
que tenia en la garganta:

Y se me encrespa Clorinda,
y me dá una dentellada
en el dígito derecho
que del corazón le llaman.

«Maldita sea Clorinda.»
esclamé lleno de rabia.
—¿Cómo qué maldita sea?
¡Maldecir á mi africana!

¡Maldecir á mi perrita
en lugar de acariciarla!
—Hija mia, si V. cree
que lo merece la gracia....

—Caballero, á mi Clorinda
se la mima, haga lo que haga;
la educación lo aconseja,
y es un deber en quien ama.

Que quien amor y cariño
á una jóven le consagra,
con todas sus consecuencias
se entiende que arrostra y carga.

—Si, mas si las consecuencias
son consecuencias que ladran,
son consecuencias que muerden,
y consecuencias que clavan

Niego yo la consecuencia,
Señora.—Pues acabada
cuenta V. la relacion.
—Muy bien, señora, y mil gracias.

Pero diré en todas partes
«que esto ha sido una perrada.»
Y sin hablar mas ni menos
tomo el sombrero y la caña;

Y á la puerta me dirijo,
y tras de mí se avalanzan,
Pipí, Clorinda y Lindoro,
tres enemigos del alma.

Y me escapo entre ladridos,
sin saber á quien culpára,
si á la perra de Clorinda,
ó á la perra de Juliana.

Si VV. por acaso un día
á Julianita encontraran
con dos perros y una perra
con cinta color de caña;

De mis amores la historia
ven VV. compendiada,
con su exordio y su progreso,
su fin y sus circunstancias.

Y librenos Dios de amores
que por consecuencia traigan
un *Lindoro* y un *Pipi*
y una *perrita Africana*.

MODESTO LAFUENTE.

CAUSAS CELEBRES.

Clemencia.

A principios del último siglo, en el mes de marzo de 1707, Luis XIV que entonces estaba en toda la plenitud de su poder y autoridad, tuvo á bien conferir la presidencia del parlamento de París al señor de Lafaille, uno de los miembros mas distinguidos del de Tolosa. Descendiente de una de las antiguas familias del Languedoc, contaba Lafaille en el número de sus antepasados, embajadores, senescales, regidores y militares de nombradía. Sábio, íntegro, como la generalidad de los magistrados de aquella época; unia á la austera sagacidad del juez, la esquisita urbanidad del hombre de mundo. Con aquel tacto y aquella delicadeza que distinguen á los hombres de gran talento, el consejero del parlamento de Tolosa habia sabido brillar igualmente sobre las flores de lis por su gravedad y su prudencia, y en los salones por su aticismo y gravedad. «El don de agradar, habia dicho de él el ilustre primer presidente Aquiles de Harlay, uníase en su persona al don de convencer y persuadir.»

Lafaille era viudo, y si jamás quiso contraer segundas nupcias, fué solo porque habia concentrado todas sus esperanzas, todos sus cuidados, su ternura toda en una hija única y querida. Clemencia, así se llamaba la señorita de Lafaille frisaba en los 16 años, cuando su padre obedeciendo las órdenes del rey tomó posesion en París de su cargo de presidente del parlamento.

Una vez establecidos padre é hija en la capital, no tardaron en ser agasajados en las mejores tertulias. Las reuniones de los palacios de Rambouillet y de la Rochefoucault mucho tiempo hacia ya que no existian; pero habianles sucedido otras muchas donde reinaba la franqueza á par de la elegancia y buen gusto; y donde el génio, las gracias y el talento eran acogidos con avidez y distincion.

Cierta señora, viuda de un teniente general de los reales ejércitos, habitaba entonces en París con su hijo, Jorge de Garan, capitán del regimiento de La Fere. Esta dama que gozaba muy buena fortuna, era oriunda de Tolosa, su hijo habia estado de guarnicion en dicha ciudad y habia merecido al señor de Lafaille las mayores distinciones. La especie de simpatía que une instantivamente á las personas de un mismo país, sirvió para estrechar mas las relaciones de ambas familias. Lafaille y Clemencia, la señora viuda de Garan y Jorge, en el concepto de las gentes pronto debian formar una sola

TOMO I.

casa. La hermosura, las riquezas y la esmerada educacion de Clemencia correspondian admirablemente á los principios de honradez, valor y talento del jóven capitán; sus nacimientos eran iguales.

En fin un poderoso auxiliar vino á secundar los votos secretos de Lafaille y de la señora de Garan. El amor se habia deslizado, tal vez sin apercibirse de ello, en el corazón de los dos jóvenes, y este amor, nacido en Tolosa habia tomado cuerpo en París y convirtiéndose en una violenta pasion.

Las disposiciones preliminares de una union que se presentaba bajo tan felices auspicios, siguieron inmediatamente al consentimiento que dió Lafaille á la demanda del jóven Garan y su madre. Ya estaba señalado el día de las bodas; ya los dos amantes, menos sujetos por la autoridad paterna, fabricaban para el porvenir esos encantados edificios que la preocupacion llama castillos en el aire, cuando uno de esos acontecimientos que desconciertan los planes mejor combinados vino á trastornar de repente y destruir todas sus esperanzas de felicidad.

El jóven capitán recibió inesperadamente la orden de reunirse en el término de veinte y cuatro horas á su regimiento que iba á embarcarse para las Indias en la escuadra que mandaba el conde de Forbin, y que pronto debia darse á la vela.

Apoderado de una violenta desesperacion Jorge, corrió á participar esta funesta nueva á Clemencia y á su padre. La jóven solo manifestó al principio su profundo dolor por medio de un melancólico silencio; pero muy en breve lágrimas abundantes hicieron traicion á esa resignacion afectada y descubrieron todas las angustias de su alma. El austero magistrado parecia dominar su emocion pero estaba pálido y veíase en sus facciones el sello de una viva y profunda tristeza.

—Señor presidente, le dijo Jorge, solo un medio me queda para escapar de la desgracia que me amenaza, este es presentar mi dimision; pero el amor de Clemencia no me basta, quiero tambien poseer su estimacion, y de seguro no la mereceria si fuese capaz de cometer una bajeza.

Lafaille apretó silenciosamente la mano del jóven capitán en señal de asentimiento.

Este se aventuró tímidamente á dejar presentir los proyectos que habia concebido, que no eran otros que obtener el consentimiento de Lafaille para su casamiento repentino é inmediato y llevarse consigo á su jóven esposa; pero tuvo que resignarse á dejarla al lado de su padre, teniéndose por dichoso con llevar solo consigo el dulce título de esposo que debia coronar todos sus deseos.

El rígido presidente luchaba con sus armas habitua-

les, la razón y el sentimiento, y determinó que el casamiento se verificaría al espirar los dos años que había de durar la ausencia de Jorge.

Adoptado irrevocablemente este partido, la severidad parlamentaria volvió á recuperar todos sus derechos; ya no fué lícito á Clemencia y á Jorge hablar como hasta allí lo habían hecho; el ojo vigilante de Lafaille espía hasta sus miradas y hasta los movimientos de sus labios. Sin embargo, á pesar de la celosa vigilancia del viejo magistrado, en el momento que Jorge iba á separarse de su amada, deslizó rápidamente estas palabras en su oído y en su corazón:

«Esta noche á las diez en el jardín.»

Clemencia miró á Jorge con espanto; pero le vió tan alterado y convulso que contestó:

«Íre.»

El austero presidente Lafaille nada vió, ni escuchó.

Aquella noche á las diez en punto se hallaron en el jardín ambos amantes, y allí se hicieron mil protestas de amor, fidelidad y constancia..... Cuatro años después de la escena que acabamos de bosquejar tan ligeramente, Jorge Garan, cuyo regimiento había sido destruido casi todo en las Indias, en términos que habiendo sido herido él mismo y caído prisionero, todos le tuvieron por muerto, llegó á París y se dirigió á la casa que habitaba su madre en la calle de San Luis.

Habíase dispuesto un magnífico festín para celebrar el regreso inesperado de aquel querido hijo. Multitud de amigos, parientes y algunos compañeros de su infancia y de su juventud, habían sido convidados á aquella fiesta. La señora de Garan, loca de alegría, comunicaba á la asamblea una parte de aquella felicidad íntima que su corazón de madre sentía, y todos se entregaban, siguiendo su ejemplo, al placer que inspiraba la vuelta inesperada del joven capitán. Jorge solo estaba triste y no respondía á las manifestaciones de contento, de que era objeto, sino con una silenciosa tristeza.

—Os pido perdón, madre mía, disimuladme, amigos míos, dijo al fin, porque no participo como debiera de la alegría común: pero las desgracias me han hecho supersticioso y hay impresiones que es imposible dominar. Esta mañana al llegar á París he visto, á tiempo de pasar por delante de la iglesia de San German, los preparativos de una pompa fúnebre. La puerta de la iglesia estaba toda colgada de negro, una bilera de pobres con hachas encendidas esperaban en el atrio la salida de un féretro cuya marcha lenta y solemne se acompañaba con los cantos fúnebres y el siniestro tañido de las campanas. Considerando, pues, este fatal encuentro como un presagio de desgracia, me alejé de aquel sitio lo más pronto que pude, pero con el corazón estremadamente oprimido. A pesar de cuantas reflexiones me he hecho para tranquilizar mi espíritu, por más que ahora mismo trato de dar otro giro á mis pensamientos, siempre tengo delante de los ojos aquel féretro, aquellas pálidas antorchas de la muerte y aquel duelo.

—Esa fúnebre ceremonia que ha producido en vuestra alma tan viva y desagradable impresión, dijo uno de los convidados, debe haber sido el entierro de la hermosa señora de Boissieux, la mujer del presidente del tribunal mayor, que murió ayer de resultas de una enfermedad de dos días solamente.

—¿La hermosa señora de Boissieux? interrumpió Jorge; muy hermosa habrá sido cuando tal nombre merecía?

Así es la verdad, replicó otro convidado; en París era conocida con el nombre de la hermosa presidenta, del mismo modo que lo era en Tolosa con el de la hermosa Clemencia de Lafaille.

—¿Qué! ha muerto Clemencia Lafaille! exclamó Jorge, os equivocáis; no puede ser... pero son una misma persona la señora de Boissieux y Clemencia Lafaille? Explicadme este misterio.

—Hijo mío, dijo la señora de Garan, á quien la emoción de Jorge y su palidez helaban de espanto, puesto que la suerte ha querido que seas hoy espectador de los funerales de la señora de Boissieux, sería inútil prolongar más tu ignorancia. Si, Jorge; la señora presidenta de Boissieux no es otra que la señorita de Lafaille..... Se casó, por que el rumor de tu muerte llegó á acreditarse tanto que yo misma te he llorado y he vestido luto. Al casarse, pues, con el presidente Boissieux, digno bajo todos conceptos del cariño y ternura de una esposa virtuosísima, no ha hecho más que obedecer las órdenes de su padre.

Jorge escuchó á su madre conmovido: nada le respondió, pero gruesas lágrimas, cayendo silenciosamente por sus mejillas, bajaron á humedecer la cruz de San Luis que brillaba en su pecho, recompensa gloriosa de su intrepidez que el rey Luis le concediera al desembarcar en Francia.

Retiráronse todos los convidados y Jorge quedó solo con su madre, que redobló sus esfuerzos, aunque inútilmente para consolarlo.

Llegado que hubo la noche, Jorge de Garan se embolsó en su capa, tomó sus armas, se proveyó de una buena cantidad de oro, y en seguida burlando la vigilancia de los criados de que le había rodeado su madre, salió de su casa y se dirigió á grandes pasos hacia el cementerio de la iglesia de San German. Luego que llegó al sitio mas aislado de un barrio casi desierto, llamó á la puerta de una casita de pobre y ruin apariencia donde vivía el sepulturero.

—Eres un pobre miserable, dijo Jorge, puedo hacerte rico de un golpe: quieres?

El sepulturero en efecto estaba en la mayor indigencia, cargado de hijos y apenas podía proporcionarse el sustento diario con el producto de su trabajo. Al ver en su casa á un caballero ricamente vestido, resolvió hacerle pagar lo mas caro que pudiese el servicio que iba á reclamar de él.

—Mi capitán, respondió el posadero de los muertos, no deseo otra cosa mas que llegar á ser rico; y si para esto no comprometo la seguridad de mi cuello en este mundo, ni la salud de mi alma en el otro; estoy á vuestra disposición.

—Ni tu cuello ni tu alma tienen nada que arriesgar en todo esto, replicó vivamente Jorge: se trata de que remuevas ahora mismo la sepultura que has cabado esta mañana; que saques de ella un ataúd, lo abras y me dejes mirar y contemplar á la que este ataúd encierra.

—No haré tal por los huesos de mi padre, exclamó espantado el sepulturero; no daré mi alma al demonio cometiendo tan espantoso sacrilegio.

—Toma por el sacrilegio, contestó Jorge arrojando un puñado de oro sobre los viejos epitafios borrados por el tiempo que formaban el embaldosado de la habitación del sepulturero.

—¿Y si me echan á galeras?

—Toma por las galeras, replicó Jorge arrojándole otro puñado de oro.

El hombre de los muertos hizo todavía tres ó cuatro objeciones, pero tranquilizada al fin su conciencia por el brillo de aquellos luises de oro que resplandecían en su sórdida caverna como estrellas en un cielo nebuloso, decidió á obedecer al capitán. Tomó su azadón y su pala, armó á Jorge de Garan de una linterna, y los dos se encaminaron á la sepultura donde reposaba hacia algunas horas solamente aquella que había sido la hermosa presidenta de Boissieux, la adorada señorita de Lafaille.

Después de un trabajo de algunos minutos, durante el cual el corazón de Jorge latía con violencia, el ataúd fué descubierto y colocado sobre el borde de la huesa.

—Ya está, dijo friamente el sepulturero, haced

lo que os parezca; yo ya he concluido mi obligacion.

—Es menester levantar la tapa de este ataud, dijo Jorge; ¿has olvidado nuestro convenio?

—Precisamente eso es lo difícil, respondió gruñendo el sepulturero.

—Desgraciado! interrumpió el capitán, enseñándole un puñal; ya te he dado bastante oro, guárdate de que recurra al hierro!

Esta escena cambió completamente la resolución del sepulturero; puso manos á la obra, y muy en breve el cuerpo de la señora de Boissieux rodó sobre el césped, cubierto con su mortaja blanca.

Jorge se arrodilló al lado de este cadáver, y permaneció sumergido en un recogimiento profundo.

Viendo el sepulturero que el caballero á quien en vano habia dirigido muchas veces la palabra, continuaba en su inmovilidad y en su silencio, infirió que todavia le quedaba algo que hacer. Salió de la huesa adonde habia bajado, aproximóse al cadáver y separando la mortaja descubrió el rostro de la señora de Boissieux.

A este aspecto una chispa eléctrica pareció herir el alma galvanizada de Jorge: reconoció á su amada, á Clemencia, á la señorita de Lafaille.

Era en efecto; las pálidas violetas de la muerte no habian sucedido sobre sus puras facciones al animado carmin de la vida: estaba hermosa todavia, y el último sello no aparecia impreso sobre su frente.

Jorge estrechó dulcemente á este cadáver entre sus brazos, lo colocó en sus rodillas, lo apretó contra su corazón, le habló de amor, de felicidad, le recordó sus hermosos dias pasados.... de repente lanza un grito que resuena en todos los ángulos del cementerio.... una risa convulsiva sucede á este grito; despues todo entra en el silencio de la muerte.

El sepulturero que habia permanecido á alguna distancia y se hallaba medio dormido sobre el césped, levantóse inmediatamente para acercarse al caballero, pero en vano, solamente le ve desde lejos huir por entre los monumentos fúnebres, llevando entre sus brazos al cadáver que acababa de arrebatar á la paz del sepulcro....

....Entretanto la prematura muerte de una esposa que idolatraba habia sumergido al presidente de Boissieux en una inconsolable tristeza.

Todos los años en el día aniversario de aquella separacion que habia sido tan inesperada y tan cruel, el respetable magistrado iba solo, vestido de negro al cementerio, y allí arrodillado sobre la piedra que cubria los restos de una esposa adorada, oraba con profundo fervor por el reposo eterno de aquella que habia embellecido su vida.

El 14 de octubre de 1716, cinco años despues de la muerte de la señora de Boissieux, fué el presidente segun su costumbre al cementerio para llenar el piadoso deber que se habia impuesto en conmemoracion de este fúnebre aniversario. Hacia ya cerca de una hora que se hallaba entregado á sus recuerdos y á su recogimiento cuando un ruido ligero, como el crugido de un vestido de seda, vino á arrancarle de sus crueles meditaciones. El señor de Boissieux levantó la cabeza, cual fué su admiracion al reconocer en la persona que acababa de turbar de este modo su dolor, á su misma muger, á Clemencia, objeto de tanta tristeza y de tantas lágrimas. A esta aparicion levántase Boissieux precipitadamente, alarga los brazos á la que cree ser una sombra y esclama: Clemencia! ¿Eres tú que vuelves á la vida por un milagro? Pero la desconocida que en un principio no le vió arrodillado, lanza un grito á su vez y huye con precipitacion. Boissieux quiere perseguirla; resuelve alcanzarla á toda costa; pero su carrera es menos rápida y la vé desde larga distancia entrar en un coche que desaparece al galope tirado por cuatro magníficos caballos.

Fuera de sí, agitado por la inesplicable emocion que acaba de causarle aquella aparicion inesperada, Boissieux corre á la casa del sepulturero, interpela á este hombre, le suplica que le dé la esplicacion de lo que ha visto; le apremia en fin á que le diga todo lo que sabe del entierro de la señora Boissieux.

—Bien quisiera poder satisfacer á vuestras preguntas, pero solamente hace cuatro años y medio que soy sepulturero.

—¿Luego no eres tú quien abrió la sepultura de la presidenta y asistió á su entierro?

—No señor, ha sido René Glot, el sepulturero que me ha precedido.

—¿Y qué se ha hecho este René Glot?

—Dícese que heredó una suma considerable y se ha retirado con su muger y sus hijos á Normandía, viven segun creo, donde tiene su familia.

—¿Hace cinco años?

—Cerca de cinco años.

—¿Y no has visto algunas veces, prosiguió Boissieux, vagar al rededor de la tumba de la presidenta una dama jóven, hermosa y ricamente vestida?

—Jamás: solamente hará unos tres ó cuatro dias que un criado mulato vino á preguntarme en qué parte del cementerio se hallaba el sepulcro de la señora de Boissieux, esposa difunta del señor presidente del tribunal mayor.

—¿Y nada mas te dijo?

—Nada mas, señor.

—Está bien, replicó Boissieux deslizando algunas monedas en la mano del sepulturero. Vigila cuidadosamente la tumba de la presidenta. Si alguna cosa extraordinaria llamase tu atencion, avisa al punto al teniente de policia. Pronto daré la vuelta.

Al salir Boissieux de la casa del sepulturero, se dirigió á la del conde de Argenson, teniente de policia y le manifestó lo que acababa de sucederle, no ocultándole las sospechas que habian despertado en su ánimo la desaparicion del sepulturero, enriquecido súbitamente por una pretendida herencia.

—Todo esto es muy romántico, dijo el Sr. de Argenson despues de haber escuchado atentamente al magistrado, y os confieso que cuento en el número de vuestras preocupaciones dolorosas la semejanza extraordinaria que asegurais haber notado entre la dama del cementerio y la difunta presidenta de Boissieux. Sin embargo, voy á dar inmediatamente orden para que se hagan las diligencias posibles á fin de averiguar el nombre de la dama que habeis visto y al mismo tiempo haré que marche un agente á la Normandía con objeto de que interroge discretamente al antiguo sepulturero.

—¿Pero antes no convendría, interrumpió Boissieux, que dispusiérais que mañana mismo se abriese y reconociese la huesa?

Al siguiente dia en efecto el teniente de policia acompañado de dos consejeros del Chatelet, de un comisario, de dos cirujanos y del señor de Boissieux se constituyó en el cementerio de la abadia de San German donde previo el consentimiento eclesiástico, se procedió á abrir la sepultura.

El ataud estaba vacío y roto.

Tres dias despues el teniente de policia dirigió al señor de Boissieux una carta en la que le daba las siguientes noticias:

«La persona que el señor presidente encontró en el cementerio el 14 de octubre es la señora de Garan, esposa del señor de Garan, mayor del regimiento de artillería de La Fere. Su casamiento se ha celebrado en Pondichéry, de donde es oriunda la señora de Garan, y los dos esposos hace un mes que han llegado á Francia. El agente enviado á Normandía ha encontrado facilmente á la familia del sepulturero René Glot. Este hombre hace

cerca de tres años que ha muerto; pero por el interrogatorio que han hecho á su muger y á sus hijos, se sabe que no ha heredado nada, sino que llegó á Vire con una suma de diez mil libras. Estos pormenores, únicos que han podido adquirirse hasta ahora, son de una verdadera importancia, cuando se considera que de la exhumación de la presidenta resulta que su cuerpo ha sido extraído de él.

Boissieux creyó deber entonces manifestar al teniente de policía las íntimas relaciones que habían existido entre la familia del señor Garan y la de la señorita de Lafaille, el casamiento proyectado entre el joven capitán y Clemencia, las causas de su ruptura y los obstáculos que había encontrado, cuando al recibir la noticia de la muerte de Jorge de Garan, pidió la mano de la señorita de Lafaille. Terminó suplicando al señor de Argenson que nada perdonase para averiguar los menores pasos de los dos amantes, porque no podía dudar que la que pasaba por esposa del señor de Garan, era su propia muger, que estaba resuelto á hacer volver á su casa por todos los medios posibles.

Verificadas estas diligencias preliminares; el presidente Boissieux entabló su demanda de rapto contra el señor de Garan pidiendo además la nulidad del segundo matrimonio de la señorita de Lafaille, á quien intimaba y requería para que volviese al domicilio conyugal. Al mismo tiempo practicó las mas esquisitas diligencias para recoger todos los datos, todos los indicios que pudieran concurrir á la averiguación de la verdad. Supo á punto fijo por el ministerio de la guerra el día de la primera llegada de Jorge de Garan á París, día notable, porque fué el mismo de su marcha precipitada y el en que vio celebrarse los funerales de la presidenta. Halló á los postillones que lo habían conducido cinco años antes desde París á Brest, acompañado de una muger tapada y enferma; supo por último que se había embarcado en un navio mercante, *la bella Margarita*, mientras podía verificarse en un buque del estado. Provisto de estos diversos elementos deducidos de fuentes incontestables intentó un proceso cuyo resultado no dudaba le fuese favorable.

Esta causa escitó una inmensa curiosidad no solo por su novedad, por las dificultades de sus procedimientos y por el misterio de que parecia estar rodeada, sino mas que todo por los distinguidos personajes que jugaban en ella. En los brillantes salones de París se hicieron las mas estrañas suposiciones, los mas absurdos comentarios, las mas picantes alusiones, ora contra el esposo que reclamaba su pretendida muger, ora contra el marido que defendía á aquella que había arrebatado al sepulcro.

El gran día de los debates llegó al fin, y el magestuoso recinto del parlamento vióse lleno de una multitud ávida de emociones, apasionada, ardiente, facil de conmover, y que arrastrada por la elocuencia de los abogados, seducida por la estremada hermosura de Clemencia, hacia pública ostentacion de sus deseos por el triunfo de una muger que se presentaba como victima de una infernal maquinacion.

Lafaille, á quien la resistencia de su hija cuando quiso casarla con el presidente de Boissieux, afectó profundamente, habiase retirado á Tolosa desde que su muerte imprevista le había llenado de un dolor tanto mas profundo, cuanto que se culpaba á sí mismo de haber abreviado sus días. A la noticia del estraño proceso que iba á ventilarse en el parlamento, el viejo magistrado se puso en precipitada marcha para París: apenas llegó, vió á Clemencia, lloró como un niño llamándola su hija y estrechándola entre sus brazos. Clemencia entretanto, sin que aparencia alguna manifestase en ella la mas ligera emocion, sin que ningun otro sentimiento que el de la sorpresa y el de un respetuoso interés pareciese alterar la dulce quietud de su semblante, declaró á los magistrados que habían querido asistir á esta entrevista, que

ella no conocia absolutamente á la persona en presencia de la cual la ponian, y se admiraba de ser el objeto de unas persecuciones tan crueles como innecesarias. En la audiencia renovó sus declaraciones: despues en presencia del señor de Boissieux, rechazó sus alegatos con calma y dignidad; refirió la historia tan corta como sencilla de su vida, y sus dichos fueron sucesivamente apoyados por la exhibicion, hecha por su abogado Moizas, de las piezas que no dejaban duda alguna sobre su autenticidad. La esposa del señor mayor de Garan, nacida en Pondichery, de padres franceses, el señor de Merval y la señora Fichot: habiase casado hacia tres años en la capilla misma del gobierno, siendo testigos, militares de alta graduacion y funcionarios de alta categoria. Su fé de bautismo estaba legalizada, el contrato y el certificado auténtico de su casamiento estaban revestidos de todas las garantias y prescripciones legales; finalmente, á bordo de un buque del estado habían venido los dos esposos á Francia. Nada, pues, debia hacer sospechar que un hombre de honor, que un militar distinguido, como siempre lo había sido el caballero Garan, quisiese engañar impudentemente á la justicia, del mismo modo que no era posible pensar que una muger, joven y virtuosa pudiese sostener con tanta tenacidad y audacia una impostura que confundia la razon.

Este tema, habilmente desenvuelto por el señor Moizas, uno de los abogados mas distinguidos del parlamento, produjo en el auditorio apasionado, y hasta en los escaños mismos de los magistrados, cierta impresion de duda que no tardó en convertirse en conviccion.

En vano el presidente Boissieux, en vano el elocuente órgano de su querella invocaron recuerdos y hechos nada dudosos, y coincidencias irrefragables; en vano insistieron en las graves sospechas que infundia la conducta del caballero Garan, que llegado á París el día mismo del entierro de la señorita Lafaille, partió aquella misma noche precipitadamente de la capital, sin haber dicho á Dios á su madre, sin haberla abrazado, sin haber recibido su bendiccion, cuando segun todas las probabilidades no debia volver á verla, y tomaba furtivamente en cierto modo el camino de Brest, desempeñando las calles con la rapidez de su silla de posta, y llevando casi moribunda y tapada á fin de que las miradas no pudieran penetrar su secreto, á una muger joven, con la cual se embarcó en seguida bajo un nombre supuesto, en un desconocido buque mercante con desprecio de su rango y de sus deberes.

El señor de Boissieux invocó además la controversia suscitada por los médicos y cirujanos de la época, controversia que señaló con gran número de casos en los cuales el letargo había durado muchos dias con todos los síntomas de la muerte. Toda esta elocuencia, toda esta acalorada argumentacion debia caer por tierra delante de la calma y serenidad de la joven esposa de Garan. Sentada al lado de su defensor, rodeada de amigos de la familia de su marido, parecia esperar su sentenciacion confiada en la justicia humana y divina. Los magistrados, indecisos en un principio, no tardaron en interesarse por el estraño destino de aquella muger tan joven y tan linda, que nacida bajo un cielo estrangero, se había confiado al amor de su esposo, había seguido su suerte y solo llegaba á la patria inhospitalaria para verse arrastrada á los bancos del crimen, y para que le disputasen sus estados de esposa, de hija y de madre.

Bajo la impresion de tales pensamientos, despues que el órgano imparcial de la ley pronunció su dictamen, en el que pedia fuese desestimada la demanda del presidente Boissieux, y acordada la debida reparacion al señor mayor de Garan y á su esposa, injustamente atacados en su estado, en su consideracion y en su honor, los magistrados iban á levantarse ya de sus puestos cuando un incidente imprevisto, capital, decisivo, vino á cambiar súbitamente

la disposicion de sus ánimos, y á dar un aspecto enteramente nuevo al proceso.

Mientras que en medio del silencio mas profundo y de la atencion general, el abogado del rey hablaba, el presidente Boissieux, que no se las tenia todas consigo, al oir el dictámen del representante de la ley, se dirigió á su casa, abrazó á su hija que habia cumplido seis años, á la cual habia dado tambien el nombre de Clemencia, y que tenia poco mas de un año cuando perdió á su madre. Al recibir los tiernos abrazos de su hija, un pensamiento de esperanza brilló en la mente del afligido magistrado; cubrió al punto á la encantadora niña con una mantilla, la tomó de la mano y volvió con ella al tribunal.

Los jueces segun acabamos de decir, se levantaban para pasar á la sala de sus deliberaciones; el señor de Boissieux cuya vuelta llamó la atencion del presidente, hizo al digno magistrado una señal de súplica á fin de obligarle á que le oyese algunos segundos: al mismo tiempo se dirigió al sitio ocupado por la señora de Garan y su defensor. Este, distraído en reunir los documentos que habian constituido el cuerpo de su defensa, estaba demasiado absorto en su escrutinio para fijar la atencion en su adversario; y la señora de Garan con la cabeza dolorosamente apoyada en su mano derecha parecia sumergida en dolorosas reflexiones.

En aquel momento la niña que habia llevado Boissieux hasta su asiento, le tomó dulcemente la mano, y levantándose sobre la punta de sus piecitos para presentarle su carita fresca y risueña: mamá, le dijo, con su dulce voz infantil, ¿quieres darme un abrazo?

Arrancada entonces subitamente de su especie de intuicion interior, la señora de Garan estrecha tiernamente á la niña en sus brazos, la llena de besos y de lágrimas y dejó escapar estas palabras: Clemencia ¡hija de mis entrañas!

El proceso desde este momento cambió completamente de direccion, pero el defensor de la señorita de Lafaille, que veia venir abajo el edificio de su conviccion, estuvo lejos de abandonar á su cliente. La engrandeció á sus propios ojos y á los de sus mismos jueces. Trazó un cuadro patético, arrebatador, de sus sufrimientos, pintó sus combates, su resignacion, su piadosa obediencia á su padre: la presentó en seguida arrancada milagrosamente de la muerte, huyendo de la Francia y creyéndose en libertad de poder consagrar su vida á aquel á quien la debia: finalmente concluyó solicitando del tribunal que declarase nulo un matrimonio que la muerte habia roto y desestimase la pretension de Boissieux, que queria llevarse á viva fuerza á su

casa á la que no habia sabido conservar y poner al abrigo del mas espantoso de los errores.

Una sentencia en este sentido era imposible: el matrimonio contraído por el caballero Garan en Pondichery, fué declarado nulo, y Clemencia Lafaille condenada á volver al domicilio de su legítimo esposo, el presidente Boissieux.

Al siguiente dia de la sentencia la señorita de Lafaille que habia vuelto á tomar su nombre, pero que insistia en unir á él el de madama de Garan, presentó al rey un memorial pidiéndole que la permitiera retirarse al convento de monjas carmelitas, ó á cualquiera otro que S. M. tuviera á bien designarla.

Esta peticion no fué acogida; antes bien se le intimó que en el término de veinte y cuatro horas habia de cumplir la sentencia del parlamento.

A las seis de la tarde del siguiente dia en que el presidente Boissieux habia reunido en su casa á los individuos de su familia, á sus compañeros y amigos, para recibir á su esposa que le habia anunciado para este momento su venida, presentose esta sola, vestida de blanco, adornada con lujo asiático, y llevando sus alhajas mas preciosas

Al abrirse las dos hojas de la puerta, y al anunciar un page á la señora presidenta de Boissieux, el grave magistrado se levantó precipitadamente para salir al encuentro. Clemencia le hizo una seña para que se detuviera.

—Caballero, dijo con una voz tranquila y resignada, os devuelvo lo que habiais perdido.

Y cayó muerta sobre el pavimento.

Aquella misma noche, Jorge de Garan, que se habia envenenado con ella, espiró en los brazos de su madre.

Entre los procesos célebres cuya tradicion terrible ó sentimental ha llegado á ser en cierto modo popular; el de Clemencia de Lafaille y Jorge de Garan, es sin disputa uno de los mas curiosos; y sin embargo, no se hace mencion de él en ninguna de las colecciones donde sucesivamente se han ido consignando los dramáticos anales de los grandes debates judiciales. Asi que, para dar hoy una relacion completa de este asunto esacto y fecundo en peripecias, hasido preciso recurrir á documentos muy raros y poco conocidos, y sobre todo á una memoria del Señor de Comiras abogado distinguido del parlamento de Paris, y por último al resumen de una controversia sostenida entre las academias de medicina y de cirujia sobre una de las cuestiones suscitadas en este proceso.

LA NOVIA Y EL MUERTO.

En la cumbre de uno de los mas altos picos de Odenwald, en una region salvaje y romántica de Alemania, poco distante de la confluencia del Mein y del Rin, se elevaba hace mucho tiempo el castillo del baron Von Landehort del cual solo se conservan en el dia algunas ruinas casi sepultadas entre arbustos, por encima de los que se distingue la antigua atalaya, esforzándose como su primer poseedor, por mantener la cabeza elevada y dominar el pais que la circunda.

El baron era un vástago de la gran familia de Katzenellengoden que habia heredado las ruinas de la morada y el orgullo de sus abuelos; no obstante que las disposiciones belicosas de sus ascendientes habian disminuido mucho las propiedades de la familia, el baron se esforzaba aun lo posible para mantener alguna apariencia del

antiguo esplendor. Los tiempos estaban tranquilos y los nobles alemanes habian abandonado sus viejos é incómodos castillos fabricados en las montañas, á manera de nidos de águila, para edificar residencias mas agradables en los valles; pero el baron permaneció orgullosamente en su pequeña fortaleza, alargando con un amor hereditario é inveterado todas las pasadas discordias de familia: así, pues se hallaba en malisimas relaciones con la mayor parte de sus mas próximos vecinos, motivadas por las disputas que tuvieron los abuelos de ellos con los suyos.

El baron no tenia mas que una hija, única heredera de su nombre y sus preocupaciones; pero en cambio esta hija era un verdadero prodigio. Por lo menos así lo aseguraban todas las viejas del pais y en realidad ¿quién

lo habia de saber mejor que ellas? La niña ademas estaba bajo la dependencia de dos tias solteronas que habian gastado los mejores años de su vida en una de las cortes alemanas y habian adquirido los conocimientos mas necesarios para educar á una señorita. Gracias á la instruccion de las tias, la sobrina era un milagro de perfecciones.

En la época á que nos referimos, no tenia mas que 18 años, y ya bordaba perfectamente y habia hecho una porcion de cuadros de cañamazo copiando episodios de su historia en que se veian las figuras como si fuesen ánimas en pena. Sabia leer casi correctamente y habia aprendido de memoria porcion de leyendas religiosas y casi todos los pasages milagrosos del *libro de los fastos*; tambien habia hecho progresos considerables en la escritura: sabia poner su nombre sin faltar una letra, y con tal claridad, que sus tias lo leian sin ponerse los anteojos. Bailaba á las mil maravillas, se acompañaba al arpa y á la guitarra algunas cancioncitas, y recitaba sin faltar una sílaba todos los romances de los poetas mas populares de la época.

Las tias, que en su juventud fueron grandes coquetas, eran lo mas apropiado del mundo para servir de vigilantes censoras á su sobrina; porque no hay dueña mas rigidamente rígida que una coqueta entrada en años. Rara vez la perdian de vista, ni la permitian jamás salir del recinto del castillo sin ir bien acompañada: continuamente la leian eternos discursos sobre el estricto deber y la obediencia implicita, y en cuanto á los hombres la habian enseñado á mantenerlos á tal distancia, y le habian hecho adquirir tal desconfianza de ellos, que sin una terminante autorizacion no se hubiese atrevido á dirigir una mirada al mejor caballero del mundo aunque lo hubiese visto espirar á sus pies.

Este sistema producía los mas saludables resultados: así, pues, la jóven era un verdadero modelo de docilidad y de exactitud. Al contrario de otras que disipan sus años en el torbellino de la sociedad, ella florecia sin ruido bajo la proteccion de sus immaculadas y celibatarías tias, como el pimpollo de la rosa entre las espinas que le sirven de guardas.

El baron se felicitaba de no tener mas hijos, y á la verdad que no le faltaba motivo, porque las rentas de la casa daban muy poco de sí, y la providencia le habia regalado infinidad de parientes pobres. Cada uno de ellos poseia las disposiciones afectuosas que son habituales á los aliados humildes y ninguno desperdiciaba coyuntura de probar su cariño al baron pasándose temporadas enteras en el castillo y abogando, cuando le daban bien de comer, en favor de las reuniones de familia.

Aunque Von Landshort era pequeño de estatura, tenia un alma grande y se llenaba de orgullo al contemplarse el mas grande hombre del pequeño mundo que le rodeaba; le gustaba mucho referir historias de los antiguos guerreros, cuyos deteriorados retratos adornaban los ruinosos muros de las habitaciones, y en honor de la verdad debemos confesar que encontraba un atento auditorio en todos los que vivian á sus espensas. Inclinado á lo maravilloso creia firmemente en todos los cuentos sobrenaturales, que con tanta abundancia circulan en las montañas y en los valles de Alemania. La fé de sus huéspedes sobrepujaba con mucho á la suya; escuchaban las historias con los ojos y la boca abierta, y jamás dejaban de mostrarse asustados aunque la oyesen referir por décima vez. Así vivia el baron Von Landshort, oráculo de su mesa, monarca absoluto de su pequeño territorio, y feliz sobre todo por la persuasion en que estaba de que era el hombre mas sábio del siglo.

Con el solemne motivo de recibir al novio de la heredera de Katzenellenbogen, se habia reunido en el castillo un día la mayor parte de la familia. Una negociacion entablada por el padre con un propietario de Baviera pa-

ra reunir ambas casas por el matrimonio de los dos hijos únicos, produjo los mejores resultados, conduciéndose los preliminares con admirable exactitud y cortesania al estremo de estenderse los contratos y fijar el día de las bodas sin consultar la voluntad de los futuros esposos. El jóven conde Von Altemburg habia sido llamado del ejército con este motivo y se hallaba á punto de recibir su esposa de manos del baron, á cuyo castillo debia llegar de un momento á otro, y así lo habia anunciado por cartas desde Wurtzbourg en las cuales fijaba la hora de su arribo.

El castillo se puso todo en movimiento para prepararle un recibimiento digno de su rango y del objeto de la visita; la novia se habia vestido con esquisito cuidado ocasionando su tocador mas de una quimera entre ambas tias sobre los adornos que podrian convenirla, y la esperanza y el rubor se hallaban pintados en su rostro añadiendo no pocos encantos. Las tias no la dejaban respirar y se deshacian en prevenciones sobre su conducta futura y la manera de recibir al prometido esposo, á fin de conquistar su corazon á la primera vista como habia conquistado su mano sin conocerlo.

El baron por su parte no estaba menos afanoso, verdad es que nada hacia, pero su genio no era para permanecer pasivo en medio de la agitacion que á todos tenia en movimiento. Iba de un lado para otro, hacia perder tiempo á los criados encargándoles que fuesen diligentes y murmuraba en cada sala tan inquieto y tan importuno como un moscardon en día de verano. Escusado es decir que al mismo tiempo los bosques habian resonado con los gritos de la caza, se habian desenterrado de la bodega las botellas de vino mas añejo y esquisito y se habian tomado medidas para cubrir la mesa de una manera proporcionada á las circunstancias. Sin embargo, todo se hallaba en orden y el huésped no parecia; las horas se sucedian á las horas y el sol reflejaba ya apenas en los mas altos picos de las montañas de Odenwald. El baron impaciente subió á la torre mas alta y se desojaba queriendo descubrir alguna cosa parecida al conde y á su comitiva; pero inútilmente: algun pastor que conducia su ganado al hogar ó algun cazador que se retiraba á su cabaña fué todo lo que pudo distinguir.

En tanto que el castillo de Landshort se hallaba en este estado de ansiedad y de duda, una escena muy distinta habia ocurrido en la parte opuesta de Odenwald.

El jóven conde Von Altemburg seguia tranquilamente su camino á ese trote moderado con que marcha un hombre á casarse con una muger desconocida. En Wurtzbourg habia encontrado un amigo y compañero de armas con el que habia servido en las fronteras, llamado Herman Von Starkenfaust, uno de los mas valientes y mas nobles caballeros alemanes, que volvia del ejército á pasar unos días con su familia. El castillo de su padre distaba poco de la fortaleza de Landshort, pero ambos vecinos no se trataban á consecuencia de una antigua disension. En el momento de encontrarse ambos amigos, se refirieron todas sus aventuras, y el conde dijo que iba á casarse con una jóven á quien no conocia, pero de quien tenia las mejores noticias.

Como el camino de los dos viajeros estaba en la misma direccion, convinieron en andarlo juntos, y partieron temprano de Wurtzbourg, hablando de sus antiguas aventuras y de sus proyectos para el porvenir; no sin que cansase el conde á su amigo con la continua repeticion de las perfecciones de su futura. Entretenidos con la conversacion habian penetrado en las montañas de Odenwald y atravesaban uno de los desfiladeros mas espesos y solitarios; sabido es que los bosques de Alemania han estado siempre tan infestados de ladrones como sus castillos de espectros: por este tiempo los primeros eran en gran número, habiéndose reforzado con soldados desertores que inundaban el pais, y segura-

mente no parecerá extraño que nuestros caballeros fuesen atacados por una partida de bandidos en medio del bosque. Ambos se defendieron con valentía hasta que dieron lugar á que llegasen los criados del conde que habian quedado un poco atras, y á cuya vista huyeron los ladrones, pero no sin que el conde hubiese recibido una herida mortal. Inmediatamente fué trasladado á la ciudad de Wurtzbourg y llamaron á un monge del convento vecino, famoso por su habilidad para curar á la vez cuerpo y alma; pero la mitad de su asistencia era inútil por que la hora solemne del joven habia llegado. Antes de espirar suplicó á su amigo que fuese á Landshort á dar noticia de la causa fatal de su retraso, pues aunque no estaba enamorado, era sin embargo uno de los hombres mas puntuales y corteses del mundo y por nada hubiera faltado á su palabra: «En tanto que no cumplas por mi este deber, dijo á su amigo, no reposaré tranquilo en mi tumba.» Semejante manifestacion en tales circunstancias no admitía duda alguna, Starkenfaust trató de calmarlo prometiendo llenar sus deseos, y le dió su mano en prenda, el moribundo lo estrechó entre las suyas, pero á poco cayó en delirio, habló de su futura, de su palabra dada, de sus compromisos: pidió un caballo para ir al castillo de Landshort y espiró imaginándose montar en la silla.

Starkenfaust tributó un suspiro y una lágrima de soldado á su desgraciado amigo y se puso á reflexionar acerca de la desagradable mision que tenia que cumplir. Sin embargo se atemorizaba al considerar que iba á presentarse de huésped sin estar convidado delante de enemigos y á velar su alegre fiesta con una noticia fatal á sus esperanzas: al mismo tiempo no le faltaba deseo de conocer á la hermosa tan ponderada por su amigo y tan oculta lejos de la sociedad, porque él era un poco amante del bello sexo y habia en su carácter una tendencia á las empresas difíciles que le hacia apasionado á toda aventura singular.

Antes de partir arregló con los religiosos del convento todo lo necesario para los funerales de su amigo que debia ser enterrado en la catedral de Wurtzbourg al lado de sus ilustres parientes. Dejémoslo en el camino, y volvamos, que ya es hora, á la familia de Katzenellenbogen que aguardaba impaciente su huésped y mas impaciente aun la comida, y al ilustre baron que lo dejamos tomando el fresco en la torre del castillo.

La noche llegó sin que pareciese huésped alguno y el baron obligado por la oscuridad tuvo que bajar de la torre. La impaciencia habia subido al mas alto punto; la comida se echaba á perder y fué preciso dar orden para que se sirviese el festín. Apenas sentados á la mesa, el sonido de una bocina anunció la llegada de un forastero. El baron corrió á recibir á su futuro yerno.

El recién llegado era un gentil caballero montado en un magnífico caballo negro; su rostro estaba pálido, pero su mirada era penetrante y en todo él se traslucía cierto aspecto de dignidad melancólica. Algo mortificado al baron el verlo presentarse sin ningun acompañamiento; mas reflexionó que sin duda la impaciencia le hubiera hecho adelantarse y que acaso detras iria la comitiva.

—Mucho siento, dijo el extranjero, causaros ninguna molestia....

El baron le interrumpió con un diluvio de cumplimientos y saluciones á las que en vano intentó repetidas veces contestar el desconocido; viendo que sus esfuerzos eran inútiles inclinó su cabeza y se resignó á escuchar. El baron hizo una pausa: acababan de atravesar el patio del castillo y ya iba á tomar la palabra el extranjero, cuando fué interrumpido de nuevo por la parte femenina de la familia que le presentó la novia; él la contempló un momento y quedó cautivado de tan admirable hermosura. Una de las tias habló al oído á la

sobrina y esta quiso dirigir la palabra al recién llegado: pero no se lo permitió el rubor; por lo demas era imposible que á una joven de 19 años no dejase satisfecha la presencia de tan cumplido mancebo.

La hora era muy avanzada, y el baron aplazando todo otro asunto para el dia siguiente condujo al huésped á la mesa. El banquete, que estaba sin tocar se habia servido en el salon del castillo; las paredes estaban cubiertas de retratos de la familia y de trofeos que recordaban sus hechos heroicos: el caballero prestaba poca atencion á la compañía y á la comida pero en cambio no apartaba la vista de la novia. Habló con ella en voz baja de esa manera que se comprende mejor que se oye, porque el lenguaje del amor nunca es claro; pero qué muger hay que no lo entienda?

La fiesta se iba animando; los concurrentes estaban dotados todos de un excelente apetito; el baron contaba sus historias de costumbre que jamás habian producido mejor efecto y á la menor cosa maravillosa el auditorio mostraba su admiracion del modo mas significativo, ó su disgusto si el resultado del asunto no era tan lisonjero como se prometian. Llenábanse las copas y se desocupaban sin cesar, decianse cosas muy buenas y muy malas que solo en ocasiones semejantes pueden repetirse, y se entonaron por último unas coplas compuestas por un primo de la novia que obligaron á las tias á ocultar sus rostros con los abanicos.

En medio de esta bacanal, el extranjero solo permanecía con una gravedad singular é inesplicable; á medida que la noche adelantaba, su fisonomía tomaba un aire de tristeza mas profundo y mas extraño; por momentos se le veia absorto en sus meditaciones y la conversacion con su futura iba siendo cada vez mas misteriosa. No se escaparon estos síntomas á la penetracion de los convidados y la tristeza del extranjero concluyó por ahogar la alegría de todos. Los cánticos cesaron y se hicieron tristes pausas en la conversacion que muy luego fueron reemplazados por cuentos bárbaros y leyendas sobrenaturales. Una historia lúgubre produce otra mas lúgubre aun y el baron hizo caer desmayadas algunas de las damas refiriéndoles la historia del caballero fantasma que robó á la bella Leonora, historia horrible pero verídica que fué puesta despues en excelentes versos y leída y creída de todo el mundo.

El desconocido escuchaba con profunda atencion sin apartar sus ojos del narrador, y á medida que la historia tocaba á su fin se iba gradualmente levantando del asiento y creciendo de manera que parecia un gigante á la vista del baron: cuando este pronunció la última palabra, dió aquel un profundo suspiro y pidió permiso á la compañía para retirarse. Todo el mundo quedó sorprendido de tan extraña idea y el baron se puede decir que petrificado. «Como! le dijo, vais á dejar el castillo á media noche? Teneis vuestra habitacion dispuesta y si quereis descansar....

El desconocido meneó la cabeza tristemente.

—Es preciso, añadió, que mi cabeza repose bajo otro techo esta noche.

Habia en esta réplica y en la manera con que fué pronunciada, una cosa extraña que hizo temer al baron algun acontecimiento siniestro; sin embargo repitió sus instancias pero inútilmente; el extranjero sin despedirse de los concurrentes ni pronunciar una palabra, salió con paso grave y pausado de la sala seguido del baron.

Cuando hubieron atravesado el patio y se hallaban en el portal, cuyo sombrío aspecto aumentaba la luz de una moribunda lámpara, el desconocido se detuvo y dijo con voz sepulcral: «Ahora que estamos solos puedo informaros del motivo de mi marcha: tengo contraido un solemne y formal compromiso.

—¿Pero no puede ir ninguno en vuestro lugar? replicó el baron.

—Imposible: yo debo ir en persona á la catedral de Wurtzbourg, donde me aguarda la tumba.... Esta mañana he sido asesinado por unos ladrones.... mi cuerpo reposa en la catedral, donde deben sepultarme á las 12 de la noche.... no puedo faltar á mi palabra.... Adios

Y picando espuela á su caballo, desapareció precipitadamente. El baron volvió á la sala en el estado que es fácil imaginar, y contó cuanto le acababa de suceder. Dos de las damas cayeron desmayadas, y no hubo una de las restantes que no se pusiese enferma al considerar que habia cenado con un espectro. Algunos opinaron que podria ser el desconocido el famoso cazador salvaje de las leyendas alemanas: otros hablaron de los espíritus de las montañas, de los demonios de los bosques, y de los seres sobrenaturales con que han atemorizado á las buenas gentes de la Germania, desde tiempo inmemorial. Uno de los pobres parientes se atrevió á manifestar algunas dudas sobre el caso, pero de tal manera se atrajo la oposicion de la asamblea, que abjuró de su heregía al punto y convino en que era posible cuanto se calculaba y mucho mas aun. Toda suposicion sin embargo cesó al dia siguiente con la llegada de noticias exactas, que confirmaban la muerte del joven conde y su entierro en la catedral de Wurtzbourg. El terror que estas noticias produjeron en el castillo, fácilmente puede imaginarse; los parientes del baron no se ocupaban de otro asunto ni se acertaba á hablar de otra cosa; pero la situacion de la novia-viuda era seguramente la mas lastimosa. Perder el marido antes de casarse!.... y qué marido!.... Si espectro parecia tan bueno y gallardo ¿qué hubiera sido vivo?.... Su dolor no hallaba consuelo.

La noche del segundo dia de viuda se habia retirado á su cuarto con una de las tias que quiso quedarse con ella para hacerla compañía, la tia se habia dormido contando una gran historia de aparecidos, la habitacion daba á un jardin, en el reló del castillo acababan de sonar las doce cuando una música se deja oir debajo de la ventana. Tia y sobrina se asomaron y ambas dieron un grito terrible: habian reconocido el espectro: cuando volvieron á mirar ya habia desaparecido.

La tia cayó aletargada del susto y declaró á la sobrina que por nada en el mundo volveria á dormir en aquella habitacion; la sobrina por el contrario dijo que no se acostaria en ninguna otra del castillo. La consecuencia de esta discusion fué convenir en que dormiria sola, pero obtuvo de su tia palabra de no contar á nadie la historia de lo ocurrido aquella noche, para que no la privasen del único placer melancólico que le quedaba en la tierra; el de habitar el cuarto que vigilaba la sombra de su futuro durante sus nocturnas plegarias.

No tuvo que guardar la tia mucho tiempo el secreto porque una mañana al tiempo del desayuno fueron á decirle que su sobrina habia desaparecido la noche anterior sin saber como ni por donde. La admiracion con que se supo esta noticia no puede esplicarse fácilmente;

los parientes hacian como que estaban consternados y la tia que de asombro no habia pronunciado una palabra exclamó de repente: «¡El espectro! el espectro!... la ha robado el espectro.... Bien me lo temí....

Entonces contó lo ocurrido la noche de la música para justificar sus fundados temores de que el aparecido fuese el ladrón. Dos criados confirmaron este relato porque habian oido pisadas de caballo á media noche y no habia duda que el espectro en su negro corcel la habia llevado á la tumba. Todos los presentes convinieron en la probabilidad de la conjetura, porque los acontecimientos de esta especie son estremadamente comunes en Alemania como lo atestiguan multitud de verídicas historias.

¡Qué situacion para el pobre baron! Perder en un momento su hija y la única heredera y solo vástago de tan ilustre familia! Inmediatamente se dió orden para que diferentes hombres saliesen á recorrer la montaña y el mismo baron se disponia á ser de la partida, cuando le detuvo, poniéndose las botas, la noticia de que una señora en un arrogante caballo se acercaba al castillo acompañada de un elegante joven. Dos minutos no habian pasado cuando ambos estaban á los pies del baron; era su hija perdida y el que la acompañaba.... el muerto... El baron quedó hecho una estatua.

Muy pronto se aclaró el misterio: el caballero (porque nosotros hemos sabido siempre que no era un espectro) se anunció con el nombre de sir Hermann Starkenfaust, refirió su aventura con el joven conde y dijo como se habia apresurado á ir al castillo para cumplir la voluntad de su amigo, y como la elocuencia del baron le habia interrumpido cada vez que habia querido hablar; como la vista de la novia le habia cautivado y como por pasar algunas horas á su lado habia consentido en que el engaño continuase; como se halló embarazado para hacer una retirada decorosa y como la historia del baron le habia sugerido la idea de aquella salida escéntrica; como temiendo la enemistad hereditaria de la familia del baron habia repetido sus visitas clandestinas; como habia salvado las tapias del jardin y como habia llevado en triunfo á su joven dama hasta una capilla inmediata, donde un sacerdote los habia casado en debida forma.

En cualquiera otra circunstancia el baron hubiera sido inflexible; pero amaba á su hija y la habia llorado como perdida, dió su sancion á lo hecho y las fiestas empezaron de nuevo. Los parientes llenaron de felicitaciones á los esposos y las tias no dejaron de admirarse de que su sistema de reclusion hubiese producido tan malos resultados, particularmente la una de ellas que no llevaba con paciencia que el único aparecido que habia visto en su vida le jugase tan mala pasada. En cuanto á la sobrina, no se encontraba mal á lo que parece con hallarlo de carne y hueso, y aqui se acabó la historia, perdonad sus muchas faltas.

